

GUERRA ENTRE LOS DIOSES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



GUERRA ENTRE LOS DIOSES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — Encuentro con los niños-viejos, *Kelltom McIntire*
2. — El burlador de la galaxia, *Joseph Berna*
3. — Camino sin fin, *Clark Carradas*
4. — Motín en el espacio, *A. Thorkent*
5. — La amenaza de Ak'ton, *Glenn Parrish*

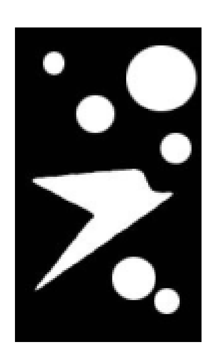
RALPH BARBY

GUERRA ENTRE LOS DIOSES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 589

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 28.278-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

En las pantallas gigantes podían ver todo lo que estaba ocurriendo en torno al planeta Brion, en cuyo subsuelo se encontraban.

Todos tenían los músculos tensos, crispados. Los invasores habían atacado a la colonia terrícola en Brion, de una forma tan feroz como imprevista.

Las cosmonaves de combate terrícolas habían saltado al espacio para defender la colonia terrícola de la oleada invasora.

El gobernador Hollsee observaba las pantallas muy preocupado.

Tras efectuar el cálculo de cosmonaves invasoras y la valoración de las mismas, había comprendido que no se podría detener la invasión de los prowitas.

A miles de kilómetros del planeta Brion, las cosmonaves, en solitario o en escuadrillas, se buscaban unas a otras con auténtica ferocidad.

— ¿Qué podemos hacer para evitar la invasión?

—Lucharemos, siempre existe la posibilidad de vencer —había respondido.

Cosmonaves de ambos ejércitos interestelares disparaban sus mortíferas armas.

Las cosmonaves se desintegraban en el espacio, convirtiéndose primero en grandes bolas de fuego blanco que se esparcían en miríadas de chispas y luego desaparecían para no dejar rastro.

Era una guerra total, a muerte.

Los terrícolas, por desventuradas ocasiones anteriores, conocían la ferocidad de los prowitas, lo despiadados que eran con sus prisioneros y nadie quería quedar cautivo de ellos.

Otros seres de civilización primitiva, comparada con la de los terrícolas o la de los prowitas, miraban al cielo nocturno y les parecía que contemplaban una lluvia de estrellas. Con ojos llenos de admiración, dejaban pasar el tiempo.

Para ellos, las cosmonaves que se desintegraban eran diminutas estrellas que amenazaban caer, estrellas que deseaban atrapar entre sus manos como si fueran mensajes de los dioses.

Aquellos seres eran los relanois que vivían totalmente ignorantes de la lucha que tenía lugar en torno a su planeta, entre dos civilizaciones alejadas del planeta Brion, civilizaciones tecnológicamente muy avanzadas y capaces de hacer desaparecer aquel planeta si se lo proponían.

—Gobernador Hollsee.

—Sí, mayor Germán.

—Hemos perdido.

—Todavía no, mayor; arriba quedan bravos cosmonautas luchando, frenando la invasión.

—No podrán contra los invasores.

—Me temo que así es y debemos tomar nuestras medidas.

—Las medidas serían destruir el planeta y así no les habría servido de nada la invasión.

—Eso, jamás, señor Germán.

— ¿Por qué?

—Usted lo sabe —le replicó el gobernador general de la colonia terrícola.

— ¿Los relanois?

—Naturalmente, el planeta Brion es suyo. No podemos destruirlo con ellos encima. Posiblemente aún no tienen con ciencia de que la masa sobre la cual nacen, viven y mueren, es redonda y gira en torno a su estrella-sol Cuántas, cuántas cosas ignoran aún y usted habla de destruirlas.

—Los prowitas se saldrán con la suya, gobernador. Han destruido nuestras cosmonaves con nuestros valientes cosmonautas dentro.

—Los milicianos saben a qué se exponen, mayor, esto no es un juego.

—Pronto lanzarán el ataque final sobre nuestra base colonial.

—Sí, a ellos les interesa este planeta por su estratégica situación entre tres sistemas estelares.

—Y también porque aquí existe un excelente yacimiento de vulcanita ultrarradiactiva.

— ¡Gobernador, la escuadrilla Beta-3 ha sido totalmente desintegrada!

—Beta-3, en ella teníamos depositada la mayor confianza —musitó el mayor Germán, con el rostro oscurecido por la derrota.

—Ha llegado la hora de poner en marcha el plan Fénix.

— ¿Cree que servirá de algo?

—No lo sé, mayor, pero así está pensado y así se hará.

— ¿Y los demás que no participamos en el plan Fénix?

—Resistiremos y destruiremos cuanto pueda ser utilizado por los invasores. No ha de quedar absolutamente nada de la memoria biomagnética del cerebro central de la colonia, cualquier dato podría

ser utilizado por ellos para proseguir la invasión de toda la galaxia. Saben que los terrícolas somos sus enemigos potenciales. Si nos vencen ahora es porque en esta colonia estamos en total inferioridad ante la magnitud de su ataque, superior a todo lo previsto.

— ¿Llevaremos a cabo un suicidio colectivo?

—No, mayor. Estoy en contra del suicidio y más contra el colectivo.

— ¿Sabe cómo tratan los prowitas a sus prisioneros?

—Algo he oído, pero mientras hay vida hay esperanza.

Se volvió hacia el panel de mandos de su mesa, un panel reducido.

Oprimió un botón y se desplazó una tapa, dejando al descubierto un teclado. Tecleó en él y el cerebro central se puso en marcha.

El cerebro central de la colonia poseía un control completo de todo el personal, de su situación social y física. Si una cosmonave se desintegraba en el espacio, el cerebro la daba de baja, todo en cuestión de segundos. Ni el propio gobernador podía escoger a los hombres y mujeres que habrían de componer la operación Fénix.

— ¿Han enviado los mensajes de SOS al planeta Tierra? —preguntó el mayor Germán

—Sí, pero es inútil. Hemos de salir adelante por nuestros propios medios. Estamos demasiado lejos para que puedan enviar un ejército especial para defender una colonia que, por otra parte, ya está aplastada. Además, caerían en una trampa. Eso sí, el SOS servirá para poner en marcha la alerta roja y la producción de cosmonaves en la Tierra y todo el Sistema Solar será alertado para prevenir la invasión de los prowitas.

Aparecieron unos nombres en la pequeña pantalla. Automáticamente, los hombres y mujeres correspondientes serían avisados.

— ¿Está mi nombre? —preguntó el mayor Germán.

—Sí. Usted es el comandante del Comando Uno.

Una sonrisa inevitable afloró en el rostro del mayor Germán.

—Haré todo lo que pueda y más porque mi misión sea un éxito.

—Así lo esperamos todos, incluso el cerebro electrónico que lo ha seleccionado, mayor Germán.

— ¿Quién será el comandante del Comando Dos?

—Seny Joliu.

— ¿El capitán Joliu?

—Sí.

—Es muy bueno, pero, ¿no resulta demasiado joven?

—Lo ha programado la computadora siguiendo los parámetros marcados por nuestros cerebros de *pianning* miliciano, y si él es muy joven, usted es algo mayor.

—Bueno, no soy ningún viejo —carraspeó.

—Digamos que veterano. Quizá es que ha sido programada la juventud y la veteranía para que uno u otro, por separado, consigan el objetivo.

—Sí, posiblemente será eso —admitió.

—No podemos perder tiempo, señor Germán, los invasores caerán como una plaga sobre la colonia y hay que hacer muchas cosas. Acuda a la subgalería termal, allí estarán los demás.

El mayor Germán tendió la mano al gobernador y éste se la estrechó. Ambos sabían que no volverían a verse, la muerte iba a separarles irremediablemente.

Cuando el mayor Germán llegó a la subgalería termal, allí aguardaban los veintitrés elegidos, él hacía el número veinticuatro.

Allí estaban también los dos vehículos capaces de desplazarse por cualquier parte, aunque tenían la limitación del tiempo en el espacio exterior.

Podían llegar a alejarse hasta un millón de kilómetros del planeta, no más, los suministros y las condiciones de vida dentro del vehículo no lo permitirían. No había capacidad para almacenar tanto aire, agua y alimentos como eran necesarios para la supervivencia de los terrícolas.

—Capitán Joliu…

—Hola, mayor Germán.

—Usted llevará el Comando Dos y yo el Uno. Hemos de ponernos en marcha ahora mismo. ¿Conoce la misión?

—Supervivir y atacar a los invasores como, cuando y donde se pueda.

—Exacto. Actuaremos por separado y sin contacto entre nosotros, para que si unos u otros somos capturados por los invasores no podamos delatar nuestros movimientos. Nadie sabe de nuestra misión excepto el gobernador y aun éste desconoce la forma operacional, porque ello dependerá de sus decisiones y de las ralas.

—Lo sé, mayor.

—Entonces, deseémonos suerte.

En aquel instante se encendió la pantalla que había en la subgalería termal y apareció la imagen del gobernador.

Su actitud era patética. Su mano estaba sobre el botón rojo y morado; cuando lo hundiera con sus dedos, toda la colonia conocería el desastre de su flota espacial miliciana, vencida por los invasores. Todos deberían comenzar a destruir cuanto pudiera quedar en manos del enemigo y luego, limitarse a esperar.

Toda la memoria biomagnética del cerebro electrónico central de la colonia sería destruida por una oleada térmica de diez mil grados Celsius.

Ningún dato, absolutamente ninguno, quedaría a merced de los invasores procedentes del planeta Prow.

Los dos grupos de comando se estrecharon las manos mutuamente.

Deseaban sonreír y no podían. A partir de aquel momento iban a entrar en una lucha aún más dura que la desatada en el espacio en torno al planeta Brion, donde las cosmonaves terrícolas habían sido barridas por los invasores. Habían derribado a muchas de las cosmonaves enemigas, pero éstas habían sido muy superiores en número y, lo que resultaba más trágico, se hallaban mejor dotadas de armamento.

Las escotillas de les dos vehículos se cerraron herméticamente.

Eran de colores pardos para confundirse con el suelo del planeta Brion y no llevaban nada visible que fuera brillante o reflejara luz para no ser detectados por simple ojeada.

—Suerte a la operación Fénix. El invasor no debe quedar tranquilo, guerra hasta la destrucción parcial o total si fuera posible.

Se borró la imagen del gobernador y apareció el astropuerto de la colonia donde se hallaban las cosmonaves que no habían partido tratando de escapar a la invasión.

Las que habían logrado escapar no habían llegado más allá de los cien millones de kilómetros donde habían sido alcanzadas y destruidas.

AHÍ estaban las cosmonaves de pasajeros y las de carga; no quedaba ninguna miliciana apta para la lucha, todas habían sido aniquiladas.

Llegaron los primeros dardos destructores disparados, por las cosmonaves de Prow.

Los cañonazos desintegradores dieron de lleno en las cosmonaves estacionadas en el astropuerto que se cubrió de una nube ígnea blanca que lo arrasó todo hasta convertirlo en liquida piedra fundida del suelo.

La huida del planeta Brion era ya imposible para los terrícolas. No quedaba ninguna cosmonave a la que poder subir y emprender viaje de retorno a la madre Tierra.

Mientras, dentro de la colonia se destruía cuanto pudiera tener algún valor para los invasores.

Los dos vehículos comando, ya herméticamente cerrados, se enfrentaron con el pequeño lago natural que había en la subgalería termal.

Aquel lago despedía vapor, pues sus aguas estaban a una temperatura constante de setenta grados Celsius.

Los dos vehículos comando se hundieron en las aguas. La subgalería no parecía tener salida alguna, pero ésta se encontraba a través de las aguas calientes del lago que estaba en lo más hondo del

subsuelo de la colonia.

Descendieron a la profundidad de algo más de cincuenta metros.

Los detectores les indicaron dónde se hallaba la galería por la que se introdujeron, siempre en navegación subacuática.

Circularon por la galería en la que cabían justos los vehículos. En algunos lagares, el agua llegaba al punto de ebullición, pero los vehículos estaban preparados para resistir el calor; de lo contrario, los humano-terrícolas habrían quedado cocidos dentro de sus propios vehículos que avanzaban a una velocidad de casi cien kilómetros por el subsuelo, siguiendo la galería inundada de agua termal.

Al fin llegaron a una sala llena de vapor donde el agua hervía. Era imposible permanecer en aquel lugar sin la protección del vehículo. Allí se abrían dos galerías.

—Capitán Joliu, ¿me oye?

—Perfectamente, mayor Germán.

— ¿Cuál galería desea? Hay dos.

—Escoja usted la que prefiera. A partir de ahora perderemos el contacto.

—Tomaré la de la derecha —dijo el mayor a través del telecomunicador por infrarrojos.

—Como quiera, mayor Germán. Suerte.

—Recuerde, capitán Joliu, no me envíe ningún mensaje. No nos deben detectar o estaremos perdidos, nos buscarán hasta las entrañas de este planeta.

Los dos vehículos se separaron, internándole por sendas galerías.

Se alejaron uno del otro quizá para siempre En adelante, iban a buscar la muerte, cada grupo por un lado

Mientras, el pueblo primitivo de los ralanois, aborígenes del planeta Brion, observaban entre asombrados y atónitos lo que ellos creían una lluvia de estrellas y la lucha de los semidioses que enviaban el fuego y la distracción en todas direcciones, con el poder para ellos sobrenatural de fundir la piedra y crear mares de fuego que todo lo arrasaban

CAPITULO II

Las cosmonaves invasoras de Prow se mantuvieron en observación orbital durante quinientas horas, esperaban a que se enfriaran las piedras.

Habían observado la colonia terrícola con mucha atención, tratando de detectar cualquier movimiento de vehículos, pero a partir del instante mismo de la destrucción del astropuerto, ningún vehículo había aparecido bajo sus sensores.

Los prowitas despreciaban a los aborígenes del planeta Brion, los consideraban poco más o menos como parte de la fauna del planeta, animales mamíferos bípedos domesticables, utilizables como esclavos si era preciso.

Por ello, no atacaron en absoluto a las poblaciones de los ralanois y sí mantuvieron un cerco y un acoso muy escrupuloso en torno a la colonia terrícola a la que consideraban muy peligrosa, aunque ya reían y celebraban su triunfo.

Ninguna señal de telecomunicación había salido de la colonia terrícola.

Las primeras cosmonaves de combate descendieron cercando las edificaciones bajas de grandes techos medio esféricos que cubrían las instalaciones. Después descendieron otras cosmonaves de asalto de las que brotaron los prowitas armados.

Eran seres altos, extremadamente delgados. Su aspecto era distinto al de los humanos terrícolas, parecían anillados y en ocasiones se retorcían como verdaderos reptiles.

Vestían uniformes muy brillantes, hechos con plaquetas metálicas que semejaban escamas. Los milicianos de asalto llevaban sus cabezas cubiertas por cascos protectores y entre sus manos llevaban armas portátiles pero de gran efectividad.

Fundieron tas puertas de entrada a las instalaciones y tas fuerzas de asalto penetraron en ellas

Algunos terrícolas no dispuestos a someterse les hicieron frente con sus armas portátiles y hube algunos encuentros duros y trágicos. Los terrícolas consiguieron exterminar a un buen número de invasores, pero éstos, en cantidad muy superior, destruyeron sus reductos.

Consiguieron reducir a los que quedaban

Los prisioneros llegaron casi a setenta y fueron colocados en una gran sala de actos vacía, una sala de actos en la que cabían hasta tres mil personas.

Era difícil saber lo que les iba a ocurrir. Los seres de Prow ocultaban sus rostros bajo los cascos y parecían prestos a disparar sus armas contra todo aquello que pudiera significar un peligro.

El gobernador Hollsee permanecía en silencio. El estaba dispuesto a aguantar hasta las últimas consecuencias.

Las fuerzas de asalto prowitas revisaron hasta el último rincón de las instalaciones terrícolas, llegando a la subgalería termal.

Allí descubrieron el lago de agua caliente y vieron que no había ninguna salida. Comprobaron con sus sensores que no había puertas falsas en las paredes y regresaron.

Según las órdenes tajantes recibidas de su superioridad, no debía quedar ni un escondrijo donde pudieran guarecerse terrícolas.

Cuando se creyó que todo estaba controlado, apareció la gran cosmonave insignia de Prow. Dentro de ella podían guarescerse todas sus cosmonaves de combate si lo deseaban.

Era una masa impresionante gris parda, como si del cielo del planeta Brion descendiera una montaña entera. Pese a ello, la

gigantesca masa bajó lentamente, centímetro a centímetro, sobre, el astropuerto vacío y raso en el que no quedaban ni vestigios de las cosmonaves terrícolas.

El pavimento era liso, de piedra fundida mezclada con los metales de las cosmonaves destruidas.

Pocos centímetros por debajo de aquel suelo liso, la piedra aún estaba roja por el calor que contenía y permanecer un tiempo quieto sobre el suelo del astropuerto significaba la muerte por exceso de calor. Sin embargo, los prowitas iban bien provistos con trajes antitérmicos, especialmente botas, que les aislaban del suelo que pisaban.

De la gigantesca cosmonave vencedora en aquella batalla invasora brotaron rampas que facilitaban el descenso de la cosmonave hasta el suelo. Eran varias las puertas que daban acceso a los que viajaban dentro de aquel gigantesco monstruo espacial.

Una docena de vehículos pequeños, de unos diez metros de largo cada uno y llevando prowitas armados y altos jefes ce la milicia Prow, salieron de la cosmonave insignia y se dirigieron al interior de las instalaciones humano terrícolas derrotadas y avasalladas.

— ¡Todos en pie! —gritó uno de los prowitas con su voz sibilante y rápida.

Los prisioneros humano terrícolas se levantaron. Sonaron unos pitidos de órdenes en el local y por el corredor central aparecieron altos mandos de los invasores.

En el escenario se habían colocado butacas y una especie de trono metálico, muy brillante.

Les vieron pasar y dirigirse al escenario. Entre ellos destacaba uno, más alto aún, cubriendo su espalda con una especie de capa a la que iban unidas sendas alas siniestras.

Llevaba el rostro al descubierto y era el suyo un rostro muy alargado, con la mandíbula arqueada hacia abajo. El color de su piel era gris violáceo y sus ojos grandes, muy redondos, de pupilas rojas. Apenas tenían labios en una boca muy larga.

Carecían de orejas visibles como los humano terrícolas, unos orificios con apenas un pequeño saliente cartilaginoso de protección. Sus cabellos eran blancos y largos, ligeramente ondulados.

Aquel personaje llegó al trono y se sentó en él. Hizo una seña y una especie de general habló a continuación:

—Pueblo terrícola, sois prisioneros de la muy imperial y avanzada civilización de Prow. Sois miembros de una civilización inferior, débil, enferma de la mente, propensa a las locuras estúpidas y sin posibilidades de alcanzar una gran evolución.

Dio una ojeada al ser que se había sentado en el trono y I éste aprobó con movimientos de cabeza.

A los humano terrícolas todo aquello les sentó muy mal, pero en su calidad de prisioneros nada podían hacer, tenían que someterse a los insultos de los invasores.

—Por consiguiente, quedáis reducidos a la categoría de esclavos, lo que significa que poseemos el poder de la vida y muerte sobre vosotros Todo aquel que se niegue a obedecer, será castigado adecuadamente. La obediencia absoluta y sin réplica será vuestra norma a partir de ahora. Lo contrario será castigado con la muerte y como conocemos vuestro terror por el dolor físico, la muerte será siempre tan larga como dolorosa.

Ninguno de los terrícolas dijo nada, pero todos sintieron el miedo en sus espinazos.

—El emperador Wrang os hablará ahora. Inclinad vuestras cabezas ante él.

Los terrícolas no obedecieron la orden de inclinar sus cabezas. El emperador Wrang les fustigó con la mirada pero no dijo nada. Sin embargo, el general que había hablado hasta aquel momento dio unas órdenes en su lengua que los terrícolas no entendieron.

Cuatro prowitas se colocaron frente a los prisioneros. Con unos artilugios que semejaban látigos eléctricos lanzaron sus rayos electroflagelantes que tocaron a los cautivos causándoles heridas dolorosísimas. Se escucharon quejas de dolor.

— ¡Basta, inclinad las cabezas! —pidió el gobernador Hollsee.

Dejaron de fustigarles con los rayos electroflagelantes.

—Tú eres el gobernador aquí, ¿verdad? —preguntó el emperador Wrang.

—Así es, soy el gobernador.

— ¿Cuántos terrícolas habéis quedado vivos?

—Los que aquí veis.

— ¿No hay más, seguro?

—No, habéis invadido todas nuestras instalaciones.

— ¿No hay más terrícolas dispersos por el planeta?

—No —mintió el gobernador para proteger a los comandos, aunque sabía que más tarde o más temprano los descubrirían y le harían pagar cara su mentira.

Sabía que en un momento u otro la tortura llegaría para él, debía prepararse para resistirla.

—Sabemos que habéis enviado un mensaje de socorro a vuestro planeta, pero esos auxilios jamás llegarán aquí y aunque vinieran serían exterminados por mis soldados.

—No lo dudo, sois invasores.

—Conquistadores —le corrigió el emperador Wrang.

—La Confederación Terrícola posee una fuerza miliciana suficiente para hacerles pagar muy cara esta invasión.

El emperador Wrang produjo un extraño ruido gargarizante con su boca, que pudieron tomar como risa.

—Este sólo es un paso en nuestro avance de la conquista de todos los planetas vivos de la galaxia. Tenemos controlados ya un montón de planetas y nuestro próximo objetivo será la Tierra, aunque esté lejos de aquí.

—Jamás la invadiréis —le replicó el gobernador Hollsee, sabiendo que contrariar a aquel ser podía costarle la vida.

—Los prowitas jamás hemos sufrido una derrota. Vosotros, con vuestros informes, nos ayudaréis a la invasión.

—No conseguiréis ayuda de nuestra parte.

—Eres un estúpido, terrícola. Poseemos medios para conocer

todo lo que almacenáis en vuestras mentes.

—No sacaréis nada práctico de nosotros —le respondió el gobernador Hollsee, no muy seguro de sus propias palabras.

—Haremos una selección entre vosotros para pasar a los primeros interrogatorios. Espero la máxima colaboración, de lo contrario sería doloroso para vosotros, y repito que conozco el miedo que tenéis al dolor físico.

El hablar de aquel ser era imperativo. Comprendía y se expresaba perfectamente en el idioma de los terrícolas; sólo su tono, excesivamente siseante y que hacía recordar a una serpiente a punto de atacar, les diferenciaba.

—Conocemos la extracción de la vulcanita suprarradiactiva de este lugar, vulcanita que ahora será explotada por nosotros. Este rico mineral nucleoenergético va muy bien para nuestras cosmonaves. Arribará aquí todo un ejército espacial y cuando llegue el momento, partirá para la gran invasión del planeta Tierra. No hace falta que os repita que vuestra colaboración nos es totalmente necesaria.

— ¿Y qué haréis con el pueblo ralanoi? —quiso saber el gobernador.

—Nada. Están muy lejos de ser una civilización tecnológica. No merece la pena molestarles, ellos ni siquiera saben que existimos y si ven descender nuestras cosmonaves sobre su planeta nos tomarán por dioses a los que no se atreverán a acercarse. Vosotros construisteis la muralla de cristal en torno a vuestras instalaciones.

—El yacimiento de vulcanita suprarradiactiva es ahora vuestro, pero no os durará mucho tiempo

El general de Prow añadió:

—Os será colocado a cada uno el collar de la obediencia. Cada collar está numerado y muy pronto aprenderéis a obedecer las órdenes que os lleguen a través de él.

Un pequeño vehículo entró por el centro del auditórium. Dentro de él venían los collares metálicos, anchos y muy brillantes.

Los soldados de Prow se encargaron de cerrarlos en torno a los cuellos de los terrícolas y éstos sintieron entonces la humillación de la esclavitud.

El gobernador Hollsee aguantó aquella humillación para dar ejemplo a los demás y no quiso pensar en los dos comandas de la operación Fénix por si los prowitas poseían facultades telepáticas y captaban su pensamiento.

El emperador Wrang señaló a uno de los cautivos.

—Ese. .

Los soldados se hicieron cargo del señalado.

—Que se ponga delante de los demás.

El elegido miró hacia sus compañeros. Había temor en sus ojos, suplicaba mudamente una ayuda que nadie podía darle porque todos tenían aquella especie de abrazadera metálica en torno a sus respectivas gargantas.

Quedó a un lado, pero bien visible a los ojos de los restantes cautivos.

—Ahora veréis lo que puede suceder a quienes desobedezcan o traten de escapar —advirtió con aquella voz que recordaba al sonido de un reptil presto al ataque.

El preso elegido para ejemplo se llevó de repente las manos al cuello y comenzó a retorcerse. El dolor se acusó en su rostro, en sus ojos que se desorbitaban, en la boca que se abría y mostraba la lengua como un animal extraño a él, un animal que podía haber anidado en su garganta.

Fue amoratándose todo él.

De súbito, lanzó un alarido escalofriante y ennegreció rápidamente.

La cabeza se le inflamó como si el fuego hubiera surgido del propio collar y la víctima cayó al suelo, donde agonizó hasta que le llegó la muerte, una muerte dolorosa.

—Eso ocurrirá, pero más lentamente —les dijo el general prowita.

—Me habían dicho que los seres de Prow erais despiadados y crueles, pero lo que acabo de ver supera a lo que yo podía imaginar —les escupió el gobernador Hollsee temblando de ira.

—Pues, tienes muy poca imaginación, gobernador, claro que eso es propio de una cultura inferior, de una cultura que aún tiene mucho de animales salvajes. Por eso tenéis tanto miedo al dolor.

—Si vosotros ya no tenéis nada de animales es que no sois humanos, sois como robots biónicos sin conciencia. Dentro de vuestras mentes sólo anida ya la ambición y la crueldad.

—Estúpido terrícola. ¿Es que pretendes darnos lecciones? Somos poderosos, muy poderosos, y no sólo con cosmonaves, sino nosotros mismos. Fijaos y comprenderéis cuál es el poder de nuestras mentes.

Se elevó sobre el trono, levitando como un mago. Dejó de tocar el suelo y el asiento, elevándose por encima del trono y junto a él, los demás prowitas que se hallaban en el escenario también se elevaron, demostrando poseer la facultad de levitar. Tras aquella demostración, volvieron a pisar el suelo y Wrang se sentó en su trono.

— ¿Los terrícolas sois capaces de esto?

—Algunos terrícolas han demostrado poder le vitar.

—Algunos —volvió a reírse—. Nosotros, todos. Sois inferiores, es evidente.

— ¿Inferiores? Nos habéis vencido en esta batalla del planeta Brion por superioridad numérica aplastante, pero vosotros jamás podréis vencer a la milicia cosmonáutica de la Confederación Terrícola.

—Ya lo demostraremos. Preparadlo todo para una sesión especial —ordenó el emperador Wrang, señalando al gobernador Hollsee.

Al ver como entre dos soldados prowitas se llevaban al gobernador Hollsee, hubo un claro movimiento de hostilidad, rebeldía y amenaza hacia los invasores.

El gobernador Hollsee, dándose cuenta de ello y previendo una dolorosa respuesta hacia los terrícolas, pidió:

—Tranquilos, somos sus prisioneros pero no conseguirán lo que quieren. Somos una civilización indómita y acabarán dándose cuenta. Os pido lealtad y resistencia, al final sobreviviremos.

—Haréis bien en escuchar las palabras de vuestro gobernador

que os pide tranquilidad y obediencia —puntualizó el emperador Wrang.

—He dicho resistencia, pasiva pero resistencia y al final, la libertad.

Apenas acababa de pronunciar las últimas palabras cuando, sin saber quién controlaba la abrazadera metálica que llevaba en torno a su cuello, notó unos agudos dolores en su garganta. Eran como picadas de electricidad en alto voltaje.

Otro, en su lugar, hubiera doblado las rodillas suplicando que cesara la tortura, pero el gobernador Hollsee cerró los ojos, apretó las mandíbulas y aguantó.

Aguantaría hasta la mismísima muerte, si es que iban a ejecutarlo.

CAPITULO III

El capitán Seny Joliu no había tenido tiempo ni de saber quiénes eran los hombres y mujeres que componían su comando.

A algunos ya los conocía, pero su nombramiento como comandante del Comando Dos de la operación Fénix, por lo rápido e inesperado, le había sorprendido y aún no había tenido tiempo de asimilarlo.

Estaba claro que habían sido destruidas, hasta su total

desaparición física, las cosmonaves del astropuerto, tanto car güeras como de pasajeros.

No quedaba ningún vehículo espacial con el que poder huir del planeta Brion rumbo al lejanísimo planeta Tierra.

Tampoco quedaba ninguna cosmonave de combate, sólo dos vehículos polivalentes, pero con un radio de acción limitada. Era cuanto les quedaba para luchar contra una flota invasora espacial y nada o casi nada iban a poder hacer.

Se habían transformado en una especie de mosquitos y los prowitas eran unos elefantes. Por muy hondo que introdujeran el aguijón en la piel del proboscidio, jamás llegarían a traspasarla, por lo menos eso era lo que aquel grupo de humanos terrícolas pensaban en aquellos momentos de huida casi desesperada pero con sangre fría, desplazándose por el subsuelo del planeta Brion.

La galería que estaban utilizando descendió y volvieron a encontrar agua; era agua de un mar que ahora debían de tener encima según los planos y los datos que proporcionaba la eficacísima computadora que llevaba a bordo.

La ruta por el subsuelo, explorada con anterioridad, medida e incluso ampliada en secreto para que pudieran pasar los vehículos comando si se presentaba una situación de emergencia como la que vivían ahora, les llevó a un área de acantilados donde emergieron.

Arena, rocas y unas grutas que debían haber habitado animales anfibios o que quizá aún seguían habitando. No lo sabían todo del planeta Brion, ya que se habían dedicado a vivir casi exclusivamente dentro del cerco de cristal que protegía las instalaciones terrícolas, aislándoles de la posible curiosidad de los ralanois.

El capitán Seny Joliu sacó el vehículo de las aguas y lo introdujo en una de las cavernas del acantilado donde cabía perfectamente. Detuvo los motores.

—Hemos llegado al final de nuestra primera etapa. A partir de ahora tendremos que organizamos.

—Seguro que no habrá quedado nada.

Todos deseaban pisar el suelo, salir del vehículo en el que habían viajado tan largo trecho por el subsuelo del planeta Brion.

Seny Joliu leyó en la pantalla todos los datos proporcionados por el cerebro del vehículo, programado para aquella misión. Después salió a reunirse con los demás y les dijo:

—Soy el capitán Seny Joliu, pero agradecería que todos me llamarais Seny simplemente. Se me ha encomendado el mando de esta operación y como tenientes están Nil Esplai y Boix.

Los aludidos, una mujer y un hombre, se adelantaron. Ambos eran jóvenes como el propio Seny Joliu.

Nil era muy hermosa. Sus cabellos tenían una tonalidad rubio rojiza y al recibir los rayos de la estrella sol que daba vida al planeta Brion, despedían destellos .de fuego. Era alta y poseía unos bellos ojos azules violeta.

Boix era un hombre alto y fornido, de carácter fuerte y mirada ambiciosa. Seny Joliu le conocía, aunque lo había tratado poco. Era muy difícil saber por qué las computadoras les habían puesto en el mismo comando.

Seny también tenía un carácter fuerte y era muy posible que surgiera algún roce entre él y Boix.

Miró al resto, eran tres mujeres más y seis hombres, todos muy capaces y bien entrenados para resistir penalidades. Las mujeres sólo eran delicadas en apariencia, pues poseían unos músculos ágiles y elásticos.

Todas ellas eran de probada inteligencia, con elevados coeficientes y cada una poseía estudios y prácticas de biología (como era el caso de Nil Esplai) y de telecomunicación, sanidad y topografía espacial sus tres compañeras, respectivamente.

Seny les explicó lo que se esperaba de ellos y como iban a operar a partir de aquel momento, siempre con la esperanza de que llegaran cosmonaves milicianas de la Confederación Terrícola para dar batalla a los invasores.

En el fondo, nadie creía que pudiera llegar un ejército espacial terrícola debido a la gran distancia. Enviar un ejército a luchar contra los prowitas era dejar al descubierto o en situación de debilidad al planeta Tierra, lo cual podía resultar más que grave, ya que los invasores debían estar esperando la ocasión propicia para intentar la invasión de la Tierra.

La lucha de los comandos, a la larga, estaba perdida.

Cuando los prowitas los detectaran porque ellos provocaran la lucha de guerrillas, los buscarían y acosarían hasta eliminarlos por completo y poseían cosmonaves y soldados de asalto más que suficientes para barrerles.

—Hemos de darles golpes duros, golpes que les duelan; no poseemos naves de combate, pero sí tenemos armamento ligero y semiligero en nuestro vehículo para atacarles.

Boix le puntualizó:

—Si intentamos un acercamiento a las instalaciones, nos detectarán de inmediato y seremos exterminados.

—No lo dudo, ahora estarán muy atentos a cualquier aproximación. Dejaremos pasar unas horas y luego, un grupo de nosotros emprenderá la marcha hacia el monte Gian, pero aguardaremos a tener un buen descanso y alimentación adecuada.

Boix dijo entonces:

—El monte Gian está casi a siete mil metros de altura.

—Lo sé perfectamente y desde su cumbre se puede disparar en línea recta un cañonazo de supra láser y dar en el blanco dentro de las instalaciones de la colonia invadida.

—No lo he medido, pero la distancia entre el monte Gian y la colonia invadida —dijo Cornelia, la topografía— será de unos mil kilómetros.

—Sí, por ello no recelarán del monte Gian; ése es nuestro primer objetivo —explicó Seny Joliu

Boix objetó.

—Eso será un suicidio.

—Cualquier acción que emprendamos a partir de ahora podrá ser catalogada como suicidio. La muerte es nuestra compañera inseparable y si alguno de nosotros cae en la lucha, sea quien sea, yo u otro de vosotros será abandonado donde quede y los demás seguirán adelante. No habrá sentimentalismos, la lucha continuará mientras haya vida en alguno de nosotros. No habrá rendición jamás, por ello

hemos sido seleccionados.

—Si nos desplazamos con el vehículo en dirección al monte Gian nos detectarán con los sensores que poseen las cosmonaves que deben mantener una vigilancia permanente girando en tomo al planeta en situación orbital.

—Si fuéramos con el vehículo, así sería. Mientras sea posible, el vehículo permanecerá escondido dentro de la gruta.

— ¿Haremos la marcha a pie? —preguntó Maurice.

—Así es, no podemos dejarnos detectar por los seres de Prow. Si nos descubren, de inmediato tendríamos encima una nube de naves que nos exterminarían a todos en cuestión de segundos.

—Corrernos el riesgo de ser detectados lo mismo —advirtió Boix.

—Daremos los rodeos necesarios y nos camuflaremos cuando sea posible, pero llegaremos a lo alto del monte Gian y desde allí daremos nuestro primer golpe a los invasores.

Boix inquirió:

— ¿Y el regreso?

—Tendrá que ser muy rápido. Utilizaremos las alas artificiales.

— ¿Alas artificiales? —repitió Boix, sorprendido—. Es un sistema de desplazamiento deportivo muy bonito pero muy lento. Mejor sería utilizar los automonocohetes, ya que nos detectarán en seguida y en pocos segundos tendremos sobre nosotros las naves de combate de Prow. Podríamos alcanzar nuestros refugios con mayor rapidez.

—Los automonoeohetes despiden luminosidad y gran cantidad de calor, todo muy detectable por los sensores de infrarrojos. Seríamos localizados de inmediato. Es mejor desaparecer con cierta lentitud que ser detectados desde las naves orbitales de vigilancia.

—Está bien, tú eres el comandante.

—Así es, pero cualquier observación respecto al programa debe de hacerse ahora. Una vez nos pongamos en marcha, ya no nos volveremos atrás.

— ¿Iremos todos? —preguntó Nil Esplai.

—No. Quedará un equipo de tres dentro del vehículo, vigilando nuestros suministros y las armas que queden aquí. Otros tres establecerán un campamento puente en algún lugar que creamos oportuno y los demás subiremos a la cumbre del Gian con el cañón supraláser que poseemos. La utilización del cañón supraláser desde tierra es de resultados pobresdebido a que la distancia, por ser el disparo rectilíneo, es limitada. Otra cosa sería empleándolo desde el aire.

—Podemos elevarnos en vuelo rápido con nuestro vehículo —propuso Boix—. Disparar y volver a descender, escondiéndonos.

—Sí, es una posibilidad, pero el vehículo sería detectado y localizada el área de nuestro refugio. Luego, el encontrarnos, sería cosa fácil para ellos. Hemos de evitar que nos detecten, de lo contrario sólo podremos darles un golpe duro a sus naves. En cambio, si escapamos, podremos volver a la carga aunque ya estén sobreaviso, pero no sabrán dónde nos escondemos.

—Está bien, tú eres el jefe, pero no viviremos para contarlo.

Las palabras de Boix eran un mal presagio. Seny Joliu captó la tensión en todos y por ello quiso puntualizar:

—La colonia ha caído. Es posible que dentro de veinticuatro horas ya no quede nadie vivo allí. Se han sacrificado en vez de tratar de huir con nosotros, se han quedado allí para enmascarar nuestra marcha y que nosotros podamos provocar problemas a los prowitas, los máximos mejor, y os voy a decir con mucha sinceridad que no creo que en mucho tiempo venga por aquí nuestra milicia espacial para recuperar la colonia. Sería arriesgar hombres y cosmonaves en una batalla prácticamente inútil. ¿A quién habría que salvar, si nuestra colonia aquí ha enmudecido y se darán por muertos a todos los que aquí nos hallamos? Desengañémonos, tenemos que hacer nuestra labor solos, sin otra esperanza que dar, duros golpes a los invasores y al final, la muerte. En esta pequeña guerra iremos muriendo poco a poco, uno tras otro, hasta que caiga el último. La situación en que nos hallamos no nos ofrece otra salida. La muerte luchando será el premio a nuestra labor.

Ninguno de los presentes protestó, ninguno demostró tener miedo.

Lucharían contra los invasores en un planeta que en adelante les

iba a ser hostil.

CAPITULO IV

Cornelia, la topógrafa, preparó el mapa de la ruta que debían seguir para llegar a la cima del monte Gian, lo que no iba a ser una empresa nada fácil.

Con el vehículo que poseían hubieran podido llegar muy pronto, sin problemas de obstáculos; sin embargo, serían detectados por las cosmonaves de vigilancia del ejército invasor de Prow y no tendrían tiempo de atacar, caerían sobre ellos, desintegrándoles. Había que pasar desapercibidos.

Un equipo de tres miembros del comando quedó en el vehículo, atento a las telecomunicaciones y a desplazarse con el vehículo adonde hiciera falta para recoger a sus compañeros si así se requería.

Los demás se pusieron en marcha llevando consigo todo el equipo y los suministros que iban a necesitar. Afortunadamente, poseían unos carritos robot que funcionaban con minipilas atómicas, mediante el sistema de antigravitación y guiados por ondas.

Las plataformas eran cargadas cada una de ellas con el peso máximo de media tonelada y avanzaban sin tocar el suelo, a un palmo por encima del mismo.

Aquel sistema tenía la ventaja de no ser detectado desde el aire o desde un puesto de vigilancia orbital, ya que los paquetes que se

colocaban encima camuflaban la plataforma.

Aquellas plataformas móviles con control a distancia eran absolutamente indispensables teniendo en cuenta la cantidad de material que se veían obligados a llevar.

Una de las plataformas, por sí sola, transportaba el cañón láser con su suministro de energía para efectuar los disparos y los visores telescópicos para afinar la puntería a muchísimos kilómetros de distancia.

Salir del área de acantilados fue ya una labor difícil, pero lo consiguieron sin perder nada de material. Después, se adentraron en una zona boscosa cuya vegetación les protegía.

—Cortad ramajes y colocadlos encima de los equipajes. Camuflaremos también nuestros cuerpos con vegetales. Somos guerrilleros y hemos de camuflarnos al máximo para que no detecten nuestra presencia. Nuestros posibles éxitos están basados en el ataque por sorpresa.

Los paquetes pronto quedaron cubiertos por ramas y ellos mismos se llenaron de ramajes como pudieron para no ser visibles a distancia.

Los seis hombres y las tres mujeres que habían emprendido la marcha iban armados para rechazar cualquier ataque de animales o de los ralanois, seres primitivos que no se sabía bien cómo iban a reaccionar.

Las normas de la colonia habían sido rehuir el trato con las civilizaciones primitivas del planeta para no contaminarlas con avances tecnológicos que no llegarían a comprender.

Por ello, se había erigido la gran muralla de cristal en torno a las instalaciones de la colonia, evitando así que los que laboraban en la colonia salieran del cerco de cristal y que los ralanois pasaran al interior del mismo.

Llegó la noche y escogieron un lugar donde el boscaje era espeso y los árboles frondosos para establecer su vivac.

Tomaron los alimentos cocinados con microondas y se dispusieron a descansar porque al día siguiente la marcha sería larga. No pasaban frío puesto que sus tiendas estaban climatizadas, pero hubieran deseado encender una hoguera, quizá por la atracción

instintiva que todos los terrícolas sentían hacia el fuego.

Seny Joliu, consciente de su responsabilidad en aquel grupo de comando que al final se encontraría cara a cara con la muerte, no sintió deseos acuciantes de dormir.

Anduvo en torno al vivac con actitud pensativa; meditaba mirando hacia lo alto.

—Todo parece muy pacifico, ¿verdad?

Se volvió. A su lado estaba la bella Nil Espía.

—Deberías dormir.

—Y tú también.

—Tengo la desgracia de ser el comandante de esta operación

— ¿Desgracia, te pesa la responsabilidad?

—Sí, me pesa sabiendo que no tenemos futuro Somos un puñado de terrícolas frente a un ejército espacial que ha barrí do a nuestra pequeña flota espacial de protección.

—Estamos vivos y tenemos armas.

— Es cierto, y les haremos todo el daño que podamos, pero al final ellos seguirán vivos, invadiendo esta colonia, explotando la mina de vulcanita suprarradíactiva y preparándose para el gran asalto final al planeta Tierra.

—Quizá tengamos suerte y no perdamos la vida.

—Cuando detecten nuestra presencia y como máximo eso ocurrirá en el momento en que les ataquemos, se echarán sobre nosotros.

—Podríamos desperdigarnos, buscar cada uno de nosotros la salvación por donde pueda.

—Es una posibilidad, perseguir a un grupo siempre resulta más fácil que perseguir a diversos individuos corriendo en todas direcciones; sin embargo, sólo llegaremos a esa separación cuando nos veamos totalmente perdidos. Mientras podamos actuar en grupo, iremos juntos,

—Tenemos una noche muy estrellada,

—Si, mucho, pero algunos puntos del cielo puede que no sean estrellas, sino cosmonaves de vigilancia de los prowitas.

— ¿De verdad son tan crueles esos seres?

—Los informes que tengo aseguran que sí. No se avienen a ningún pacto.

—Entonces, ¿la posibilidad de rendirse no existe?

—No. La rendición es la esclavitud o la muerte y se nos ha confiado la misión de hostigar al invasor.

—No es que fuera magnífico vivir en esta colonia sin poder pasar al otro lado de la muralla de cristal para no contaminar a los humanos primitivos de este planeta, pero todo iba bien hasta que se produjo el ataque de los prowitas

—La paz aquí no ha durado demasiado tiempo. Nosotros no hemos hecho ningún daño a los ralanois salvo explotar una mina de vulcanita suprarradíactiva que posiblemente ellos jamás llegarán a emplear No hemos intervenido en su cultura primitiva, en su evolución.

— ¿Crees que ya no puede haber pacto entre nuestro gobierno y los prowitas?

—Después del ataque de que hemos sido víctimas, no.

—Creo que la única posibilidad de salvar la vida sería perderse entre los bosques de este planeta, buscar a los ralanois y unirse a ellos o comenzar una hueva vida como Robinson Crusoe.

—Sí, es la única posibilidad de sobrevivir; desaparecer sin ser visto y vivir como se pueda.

—He oído algún comentario al respecto,

— ¿Comentario? —preguntó, interesado.

—Sí, he oído comentar que el grupo se podría salvar escondiéndose en algún bosque templado cerca de algún gran lago para comenzar una nueva vida en grupo puesto que hay hombres y mujeres, todos jóvenes, sanos y fuertes. En fin, que podría nacer una nueva comunidad y así dejar pasar los años.

—Esta situación podría darse si hubiéramos llegado en una cosmonave que hubiese quedado destruida por cualquier causa, impidiéndonos toda posibilidad de regreso a nuestro planeta Entonces, nos veríamos obligados a comenzar una nueva vida formando una comunidad autónoma que si lograba sobrevivir a la larga daría origen a una especie de nación que trataría de evitar choques armados con los otros habitantes del planeta, pero éste no es el caso. Hemos sido atacados y estamos en guerra abierta contra los invasores de Prow.

—Sí, pero la posibilidad de sobrevivir escondiéndonos en los bosques, existe, no podemos negarlo.

— ¿Crees que alguien del grupo desearía ocultarse y dejar de luchar?

—Es posible.

— ¿Quién?

—No lo sé.

—Mientes muy mal. De todos modos, no me lo digas, es mejor no saberlo, aunque siempre existirá la posibilidad de la deserción.

—Si, es la guerra, pero a nadie se le puede negar el derecho a desear seguir viviendo.

—En estado de guerra abierta, una deserción se castiga con la máxima pena.

— ¿Aun a sabiendas de que al final moriremos?

—Si, aun sabiéndolo.

—Todo ha cambiado en tan pocas horas… Hemos pasado de vivir pacíficamente a esta situación desesperada.

—Atacaremos a los prowitas hasta dañarles al máximo. El golpe de mano en situación de sorpresa puede hacer mucho daño.

— ¿Estando lejos también?

—Sí, ya nos acercaremos a la base si salimos vivos. Además, el mayor Germán con su comando también atacará por otra parte. No les vamos a dejar tranquilos.

— ¿Habrá alguien vivo en la colonia?

—No lo sé y no nos podemos telecomunicar porque seríamos descubiertos.

—Todos nosotros no somos milicianos, no entendemos tan bien como tú eso de luchar para morir.

—Lo comprendo, pero no hay otra alternativa.

La miró a la luz de las estrellas y de las dos lunas de Brion, una luz reverberante de color blanco anaranjado.

—Es comprensible que no quieras morir, Nil. Eres tan hermosa...

—Bueno, todos vosotros estáis muy bien constituidos físicamente como hombres.

— ¿En tu vida privada tenías pareja?

—No.

—Yo tampoco.

— ¿Vale la pena pensar en el amor cuando se tiene a la muerte por futuro?

—La muerte es el futuro para todos.

—Me refería en un plazo corto.

—Eso nunca se sabe. Quizás alguno se salve, quizá quedemos desarmados y sí nos veamos obligados a refugiarnos en los bosques formando una colonia que se vea obligada a subsistir por sí misma.

—Confiemos en que esa situación no llegue.

— ¿Por qué? Antes parecías desearla.

—Sois más hombres que mujeres, habría peleas.

—Es un buen razonamiento, pero en las situaciones límite se puede llegar a determinados acuerdos que en la vida normal no serían aceptables. ,

— ¿Como vivir dos hombres con cada mujer? —preguntó Nil, sonriendo, no exenta de malicia.

—Sería un recurso procreativo y equitativo, pero me temo que

yo no podría soportarlo.

— ¿Tú quieres una mujer para ti solo?

—En ese aspecto soy muy primitivo.

—Será mejor que me vaya a dormir. Mañana será una marcha dura por lo que me ha dicho Cornelia.

—Sí, una marcha dura y a paso rápido. Hemos de llegar cuanto antes a la cima del monte Gian.

— ¿Pasaremos por algún poblado de los ralanois?

—Evitaremos hacerlo, es mejor no tener contacto con ellos. Por ayudarnos, podrían sufrir una atroz represalia por parte de los prowitas que los genocidiarian a todos. No dejarían ni a uno solo de ellos vivo.

Nil se alejó en la noche sin luces artificiales, pues Joliu había pedido que no se encendiera ninguna luz que fuera detectable desde el aire.

— ¿Vas a dormir?

—Boix...

Nil había sido sorprendida por el segundo de la expedición que parecía esperarla.

— ¿Ligando con Seny?

—No digas tonterías.

— ¿Qué hablabais, entonces?

—Cuestiones privadas. Apártate, voy a descansar, mañana tenemos una marcha muy dura.

—Cuando estabas con él no parecías tener tanta prisa. Seny recibe un tratamiento especial, ¿verdad?

—No digas tonterías.

— ¿Tonterías? Cualquier hombre yacería contigo sin pensárselo dos veces.

—Yo soy libre y me aparejaré con quien quiera.

— ¿Se lo has propuesto ya a Seny?

Nil Esplai le dio una bofetada que por su rapidez alcanzó al rostro de Boix. Este la encajó sin decir nada y Nil tampoco habló. En aquellos momentos, estaba todo dicho.

Nil se alejó de él para reunirse con las demás mujeres del grupo en la tienda climatizada.

Se sentía dolida y sabía que Boix no estaba lejos de la verdad. Hubiera deseado proponerle a Seny Joliu que yaciera con ella, era cierto, lo había deseado. ¿Cuánto les quedaba de vida? ¿Por qué desaprovechar aquellas horas, quizá sólo minutos, por qué?

CAPITULO V

Cuarenta horas más tarde, uno de los miembros de la expedición que iba a la cabeza, distanciado casi medio kilómetro para advertir de posibles peligros, anunció:

—Hay algo que podría parecerse a un templo.

Le escucharon con el pequeño telecomunicador que no llegaría muy lejos con su onda infrarroja, una telecomunicación que no podía ser interceptada.

— ¿Estás seguro? —insistió Seny.

—Sí, seguro, lo veo claramente.

—Un momento. —Seny se volvió hacia la topógrafa y preguntó —: ¿Hay algún templo en esta área?

—Que yo sepa, no; no está marcado en parte alguna, salvo que sean ruinas antiquísimas.

— ¿Son ruinas? —preguntó Seny por el telecomunicador.

—A mí no me lo parecen, aunque es difícil ver esto desde el aire debido a los árboles tan altos y enormes, de gran follaje, que ocultan el templo. Bueno, el templo es sólo una fachada de la montaña rocosa. Da la impresión de que las salas del templo se adentran en la montaña, pero no veo a nadie,

—Seguiremos adelante, permanece alerta.

—Si queremos llegar pronto al monte Gian, no debemos detenernos —objetó Boix.

—No nos detendremos, aunque quizá sería bueno tomarlo como lugar de campamento. Atacar a los prowitas ya no viene de unas horas.

Prosiguieron el avance hasta hallarse frente a lo que parecía un templo, aunque no estaban seguros de que lo fuera en realidad. Había una gran entrada hecha con piedra granítica tallada y la montaña estaba detrás.

—Huele mal —observó Dora.

Cornelia opinó:

—Será mejor que no entremos.

— ¿Habéis visto el suelo? —inquirió Nil Esplai.

Había huellas, huellas humanas de pies desnudos, pero también unas extrañas y enormes huellas que se hundían en el terreno.

Se escuchó un rugido ensordecedor que le sobrecogió por lo inesperado y un ser monstruoso, que podía calificarse como de un primate con un único cuerno, de pies y manos provistas de garras y unos seis o siete metros de altura y un par de toneladas de peso, surgió por la gran puerta, arremetiendo contra ellos

Nadie pudo evitar sus zarpazos, tan trágicos como despedazadores.

Dos miembros de la expedición resultaron alcanzados antes de que Seny Joliu consiguiera disparar su arma contra la cabeza de aquel monstruo que se abalanzaba contra Nil Esplai que, tratando de huir, había caído al suelo.

El rugido fue irresistible.

El monstruo se llevó las manos a la cabeza inflamada y reculó hasta la entrada de lo que parecía un templo abandonado, ocultándose en su interior.

Nil Esplai se hallaba caída. Seny Joliu se acercó a ella, preguntándole interesado:

— ¿Cómo estás?

—Bien, bien, qué horror.

Había sangre en la tierra, sobre las piedras. Los dos terrícolas alcanzados por el ataque súbito y salvaje de aquella fiera habían volado por el aire, su fuerza era tremenda. Los cuerpos estaban desgarrados, abiertos. Cuando Cornelia quiso acercarse, Seny Joliu se lo impidió.

—No, no te acerques.

—Están muertos —dijo Boix.

—Sí, muertos, y esa fiera sigue rugiendo ahí dentro.

—Es raro que no haya muerto con el disparo.

—Parece que es un monstruo de gran resistencia, quizás esto sea un nido de fieras de ésas. Hay que estar atentos.

Seny Joliu disparó su arma contra los cadáveres, reduciéndolos a cenizas para no dejar huella de ellos y para que ninguna fiera se alimentara con sus cuerpos.

Mientras, dentro de lo que les había parecido un templo, rugía aquel monstruo posiblemente ciego y con heridas que ya no curarían jamás.

Moriría, lo que resultaba difícil era saber cuánto tiempo tardaría

en morir, pero a su rugido se unieron otros menos fuertes, menos rabiosos.

—Vámonos, hay más monstruos ahí dentro —dijo Seny Joliu.

Pasaron corriendo por delante de la puerta del templo y se adentraron en el bosque hasta que dejaron de oír los rugidos de los monstruos.

Boix gruñó:

—Tendremos que alejarnos mucho para que no nos caigan encima a media noche.

Nadie quería quedar cerca de aquellos monstruos que habían matado a dos miembros de la expedición.

No había tiempo para lamentaciones, la muerte aleteaba sobre ellos. Tarde o temprano, todos terminarían reuniéndose más allá de la vida.

Tras largas horas de duro caminar, ya en zonas muy frías y habiéndose encontrado con la nieve helada, establecieron el campamento.

—Ha sido un tropiezo que nos podíamos haber evitado —observó Boix durante la cena cuando todos se hallaban alrededor de un emisor de calor negro que sólo podía detectarse por infrarrojos.

— ¿Quién conocía la existencia de esos monstruos entre la fauna del planeta Brion? —preguntó Nil Esplai.

—Nadie, pero del interior del templo también podían haber surgido seres de este planeta a los que estamos eludiendo.

—El mejor camino para alcanzar el monte Gian es éste —puntualizó Cornelia que era quien tenía todos los dates de la ruta en su microprogramadora.

—Los ralanois no construyen esa clase de templos —observó Seny Joliu, pensativo.

Nil opinó:

—Pueden haber existido seres inteligentes, anteriores a la cultura de los ralanois.

—Sí, culturas que florecen y luego desaparecen apenas sin dejar huella y si aquí han dejado esta especie de templo excavado en la montaña, esos monstruos de difícil catalogación lo han tomado luego como guarida.

—El monstruo que hemos visto era como un gigantesco gorila con zarpas de oso y un cuerno de rinoceronte, una bestia temible. Su cuerpo, en vez de pelo, tenía una piel dura como la de los rinocerontes, en placas movibles, como formando una armadura.

—A causa de la dureza de su piel es por lo que no habrá muerto inmediatamente después de recibir el disparo.

—Ya nada se puede hacer —se lamentó Seny Joliu, recordando los cuerpos ensangrentados de sus compañeros—. Posiblemente nos encontraremos con más obstáculos hasta llegar a nuestro objetivo.

— ¿Tan imprescindible es subir al monte Gian para atacar? —preguntó Boix.

Joliu le respondió:

—Considero que es la única forma de atacarles.

— ¿Y si en vez de alejarnos nos hubiéramos acercado a las instalaciones? —preguntó uno de los miembros de la expedición.

—Nos hubiesen delectado y nuestra posibilidad de escape habría sido prácticamente nula. Hay que atacar duro y desaparecer para poder volver a tentar a la suerte desde otro lugar.

— ¿Y cuál será el próximo lugar, si es que salimos vivos del monte Gian? —interrogó Boix.

—Ya lo diré en su momento. Dentro de veinticuatro horas estableceremos un campamento en algún sitio rocoso donde podamos quedar a cubierto de una observación orbital de las cosmonaves de Prow.

— ¿Cuántos se quedarán y cuántos marcharán hacia el monte Gian? —quiso saber Boix.

—Tres permanecerán en el campamento y cuatro, subiremos.

Boix pidió:

—Yo quiero el honor de subir al monte Gian.

—De acuerdo, subirás, y si no bajamos porque somos barridos por las naves enemigas, los del campamento deberán retornar al vehículo comando y esperar allí. El vehículo comando será el punto de reunión y nadie debe dejarse capturar vivo. Si ello ocurriera, sería la muerte de los demás.

Todos se miraron entre sí. En el aire flotó una pregunta muda. ¿Serían capaces todos ellos de afrontar la muerte en una lucha en la que de antemano sabían que no había posibilidad de victoria?

Se distribuyeron los turnos de vigilancia además de los sensores ya colocados en torno al campamento y que podían detectar cualquier vibración extraña. Unos simples pasos serían advertidos y funcionarían las alarmas auriculares.

— ¡Seny, Seny!

Se sintió zarandeado y abrió los ojos. Era de noche todavía, El cielo estaba plagado de estrellas y una gran luna estaba sobre ellos, era la luna naranja.

—Nil, ¿qué pasa?

—Preston y Dora han desaparecido.

— ¿Cómo?

—Se han marchado.

Seny Joliu acababa de recibir como un cubo de agua helada sobre su rostro.

— ¿Cómo es posible?

—Se han ido —repitió Nil Esplai.

— ¿No estarán dando una vuelta?

—No, se han marchado con sus equipos y una plataforma con suministros varios.

— ¡Maldita sea, cobarde! —explotó Seny Joliu, incorporándose dentro de la tienda climatizada.

— ¿Qué piensas hacer?

—No podemos perder el tiempo persiguiendo a una pareja de

desertores.

—No se les puede reprochar lo que han hecho. Son jóvenes, forman una bonita pareja y no quieren morir.

—No podían abandonar a sus compañeros, lo que han hecho ha sido una cobardía.

—Ya te dije que algunos pensaban en una vida nueva. Marcharán a algún lugar recóndito y vivirán como pareja.

—Y cuando tengan hijos, ¿qué, se casarán entre ellos?

—No lo sé, quizá sus hijos se encuentren con los ralanois.

—Por los datos que tenemos de los ralanois no son una buena raza para mezclarnos con ellos y no me refiero a que sean mejores ni peores, simplemente que no somos del todo compatibles cromosómicamente.

—Ellos se han negado a morir.

—La computadora se ha equivocado.

— ¿La computadora?

—Sí, la que nos seleccionó.

—Una computadora, por muy programada que esté, carece de sentimientos. Preston y Dora no son milicianos, son civiles y jóvenes.

—Está bien, que tengan suerte. ¿Qué hora es?

—Faltan cuarenta minutos para la amanecida.

— ¿Y los demás?

—Duermen. Afuera hace mucho frío, la temperatura ha descendido.

— ¿Cuántos grados?

—Veinte bajo cero.

—Es mucho frío, menos mal que tenemos estas tiendas tubulares climatizadas con las minipilas atómicas.

—Y buenos trajes. Mañana, la marcha será muy dura.

—Y dura también para los fugitivos en la noche.

—Sí, pero se han llevado un buen equipo, no les falta de nada. Yo no les guardo ningún rencor.

—Da la impresión de que apruebas lo que han hecho.

—Seamos francos, Seny. La computadora nos eligió, pero no nos preguntó si estábamos dispuestos a morir matando.

—De todos modos, si nos quedábamos en la base de la colonia íbamos a morir en la invasión de los prowitas.

—Es posible, pero si a los humanos se nos da una posibilidad de supervivir, la tomamos, y Preston y Dora han visto es probabilidad huyendo a los bosques, alejándose en busca de algún lugar donde comenzar una vida nueva.

—Hay que admitir que todos no pensamos de la misma manera.

Alargó su mano y la posó en la cintura de Nil; notó que ella se estremecía, pero no le rehuyó.

— ¿Crees que puede existir auténtica comunicación entre un hombre y una mujer a pocas horas de la muerte?

—Sí.

— ¿No será sólo sexo?

—El sexo es parte de la comunicación, no es todo pero sí una gran parte.

—Estoy de acuerdo. —Seny miró la hora—. Quedan ya pocos minutos para que amanezca.

—Pocos minutos pueden ser suficientes.

Abrió la camisa de Nil y aparecieron unos senos hermosos y fuertes, de aureolas de color intenso. Los pezones habían estado como aplastados, pero al notar los dedos masculinos sobre ellos, se irguieron.

Nil semicerraba los ojos y entreabría la boca notando que se le secaban los labios: Sacó la lengua para humedecerlos y él,

acercándose, posó su boca sobre la de ella.

Atrapó con sus labios la punta de la lengua femenina y la sorbió como si quisiera tragársela, mientras sus manos acariciaban aquel busto hermoso que se estremecía al contacto de los dedos masculinos.

—Seny, Seny, esto es amar y morir —musitó ella con voz ronca, buscando también son sus manos el contacto humano, la piel desnuda del hombre, el vello que se enroscaba entre sus dedos.

Afuera, el frío estaba por debajo de los veinte grados bajo cero, pero dentro de la tienda tubular climatizada, el calor estaba alto, muy alto les parecía a la pareja que oprimían un cuerpo contra otro, besándose en la boca, en el cuello, en los párpados que se cerraban.

—Por favor, Seny, por favor, hazme volar, hazme volar muy alto, muy alto —gimió Nil, casi incapaz de articular palabras mientras toda ella vibraba y ambos se fundían en un solo ser.

CAPÍTULO VI

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Boix, mientras desayunaban.

—Seguir adelante.

— ¿Quién se quedará en el campamento intermedio?

—Nadie.

— ¿Subiremos todos?

—Sí.

—Es una temeridad.

—Todo lo que hacemos es una temeridad.

— ¿Y si hay tormenta?

—Aguantaremos como podamos.

—Nuestras posibilidades de supervivencia se limitan.

—Así es.

— ¿Y por qué no sometemos a votación si seguimos adelante o tomamos la misma decisión que Dora y Preston?

—No hay votación.

—Eres poco democrático, Seny.

—Soy democrático, pero lo que estamos llevando a cabo ya está decidido.

—Somos cinco, sin solución, y sólo a los héroes se les puede pedir que cumplan con su deber hasta la mismísima muerte.

—No somos héroes, pero tenemos que castigar de alguna manera a los invasores.

—Sabes perfectamente que no les haremos otra cosa que cosquillas.

—Eso está por ver, tenemos armas.

—Cinco seres con armas cortas.

—Y un cañón láser —recordó Seny.

—Sí, pero que sólo podremos emplear en una ocasión. Cuando nos descubran, no podremos volver a utilizarlo.

—Algo haremos.

Seny paseó la mirada por los rostros de sus compañeros. Cornelia permanecía silenciosa y en aquellos instantes su expresión

era fría, indescifrable.

Maurice sonreía, no le parecía dispuesto a desertar.

Boix también resultaba una incógnita, podía estar provocando para luego echarse a reír y llamarles cobardes a todos. Era hombre capaz de muchas cosas con tal de sobresalir, y lo que le dolía era no ser él el comandante del grupo.

Por último estaba Nil Esplai, cuyos ojos estaban llenos de vida. Tenía las mejillas sonrosadas y sus labios pregonaban bien a las claras que amaba la vida y que no deseaba la muerte, pero que haría lo que él le pidiese. Cumpliría con su deber de luchar y morir sin protestar, sin mascullar una queja. Pero desertaría, buscaría una nueva vida en los bosques, en las selvas o en alguna isla si él se lo pedía.

—Hay que escoger el equipo y seguir adelante.

No había más que hablar. Sony Joliu había escogido la lucha y. la muerte.

El avance sobre el suelo helado era duro, muy duro, pero disponían de todo lo necesario para combatir las inclemencias del tiempo:

La aparición de la estrella-sol que daba vida al planeta Brion les proporcionó mejor temperatura; sin embargo, todos preferían cubrirse con los cascos que les protegía la cabeza y la cara al tiempo que a través de ellos recibían una ración extra de oxígeno, ya que a medida que ascendían, la proporción de oxigeno disminuía en el aire y tenían que luchar contra la fatiga.

— ¿Vamos bien, Cornelia?

—Sí. No tendremos que escalar, la pendiente es suave, aunque muy helada.

—Los crampones hipertérmicos evitarán que nos deslicemos.

Y así era, en realidad. Las puntas de los crampones que calzaban eran verdaderos taladros candentes que se hundían en el hielo más duro como si éste fuera manteca.

Las huellas que dejaban atrás despedían ligeras nubecillas de vapor que se enfriaban de inmediato.

— ¡Aaaaag!

Iban en cordada, pero cuando se volvieron, Maurice se hundía en una grieta que se había abierto bruscamente bajo sus pies.

— ¡Rápido! —gritó Seny Joliu, corriendo hacia él.

Pero la grieta se abrió más y corrían todos el riesgo de desaparecer dentro de ella.

—Es un glaciar —advirtió Cornelia

Nil opinó:

—Debe haberse abierto por el calor de la estrella-sol, estamos al mediodía.

Pedazos de hielo se desprendían de debajo de los crampones que Seny Joliu calzaba.

—Aguantadme bien con la cuerda, trataré de alcanzarle.

—No podrás —le dijo Nil—, no podrás.

Inclinado hacia el abismo de la grieta, Seny Joliu trató desesperadamente de alcanzarle.

—No os preocupéis por mí, estoy atrapado —dijo Maurice.

Seny Joliu le vio entre las dos paredes de hielo, Bajo él, otras paredes de hielo debían moverse formando como una corriente de granizado gélido.

—Te pasaré una cuerda y te sacaremos —le dijo Seny, jugándose la vida por su compañero.

— ¡Seny! ¡Seny! —gritó Nil.

Cornelia también gritó:

— ¡La placa se cierra, se cierra!

Todo aquello estaba en movimiento. Las plataformas-robot se habían detenido, pero una cayó al interior de la grieta, perdiéndose los suministros que llevaban consigo.

— ¡Adiós a todos, suerte, luchad, luchad! —les gritó Maurice

cuando las paredes de hielo se cerraban, aplastándole.

Sintiendo su cuerpo brutalmente oprimido, Maurice sufrió un vómito de sangre que salpicó el cristal del yelmo, y su rostro desapareció tras la oleada de color rojo.

Seny Joliu comprendió que ya no había nada que hacer y él corría peligro; se hallaba en parte dentro de la grieta y existía el riesgo de quedar atrapado como si la masa de hielo del glaciar fuera una boca monstruosa que tratara de devorarle como había hecho con Maurice.

— ¡Arriba! ¡Arriba! —gritó Nil, viendo que la grieta se cerraba en torno a las piernas de Seny. Si la presión continuaba, sus piernas se quebrarían, se destrozarían y no podría seguir adelante.

Seny Joliu arañó el hielo y pateó dentro de la grieta hasta que logró salir.

La grieta se cerró con tal fuerza que la línea de separación entre las dos grandes masas de hielo del glaciar desapareció como si no hubiera existido jamás. Pero bajo aquel hielo, a casi una docena de metros de profundidad, había un hombre, un humano terrícola.

Seny miró a su alrededor con rabia y luego gruñó:

—Sigamos.

La cumbre del Gian aún estaba lejos.

Nadie dijo una palabra, pero los ojos de Nil Esplai se humedecieron. Fueron unas lágrimas de adiós al compañero que había hallado una muerte helada.

Aquella noche fue muy desagradable. Nadie quiso hablar, estaban demasiado recientes los últimos acontecimientos. Cenaron y se dispusieron a dormir.

Necesitaban descansar; al día siguiente tenían que alcanzar la cumbre del Gian si alguna tormenta no lo impedía.

El cielo amaneció nítido, pero a medida que ascendían hacia la cima se iban acercando nubes densas y bajas que se pegaban a la montaña y la visibilidad se hacía escasa.

—Este es el único camino bueno, ¿no? —preguntó Boix haciendo

un alto.

—Sí —dijo Cornelia.

—Las otras caras de la montaña son paredes casi verticales —advirtió Seny Joliu.

—Pues como nos equivoquemos de camino con estas nubes que no nos dejan ver...

—Peor sería que ahora nos cayera encima un ventisco —les dijo Cornelia.

Siguieron avanzando y las nubes desaparecieron de súbito, quedando por debajo de sus pies.

Arriba brillaba nítido el sol de aquel sistema estelar. También se podía ver una de las lunas pese a ser de día.

—Fantástico —opinó Cornelia.

— ¡Ahí está la cumbre! —exclamó Nil y comenzó a correr hacia ella como una niña, mientras los equipajes, sobre las plataformas-robot, la seguían como si fueran perros amaestrados.

Nil fue la primera en pisar la cumbre del monte Gian. Luego, los demás se reunieron con ella y Seny prolongó su mirada hacia el horizonte, opinando:

—Hay nubes, pero si descienden un poco, podremos ver el objetivo.

— ¿Tú qué opinas? —preguntó Boix a Cornelia.

—Según el barómetro, pueden descender, pero si aumenta el viento, no podremos estar aquí muchas horas.

—Vamos a cavar unos hoyos para protegernos del viento —propuso Seny Joliu.

— ¿Cómo? —inquirió Boix—. No hemos traído palas.

— Esto es hielo. Con nuestras armas haremos hoyos derritiéndolo.

No tardaron en elevarse nubes de vapor que parecían otras nubes.

Hicieron un gran hoyo y comenzaron a montar el cañón láser mientras Nil y Cornelia desempaquetaban las alas que se movían mediante un pequeño motor.

Seny Joliu preparó el goniómetro telescópico. Se iluminó una pequeña pantalla de televisión a color en tres dimensiones que apenas tendría tres pulgadas y comenzó a buscar el objetivo.

Había momentos en que todo se veía gris a causa de las nubes que se interponían entre ellos y el objetivo, mas de pronto exclamó:

— ¡Ya lo tengo!

— ¿Has podido localizar la colonia con sus instalaciones? —le preguntó Nil Esplai.

—Sí, el astropuerto.

Boix silbó, admirativo.

—Vaya cosmonave, es gigantesca. Nosotros, en nuestra milicia, no tenemos nada igual.

—Posiblemente viajen todos a través de los sistemas estelares dentro de esa cosmonave, me refiero a cosmonaves de combate incluidas.

Nil, con tristeza, exclamó:

—No hay ni rastro de nuestras cosmonaves.

—No podemos escapar, pero les daremos guerra —sentenció Seny, centrando la imagen y preparando el cañón láser.

CAPITULO VII

Habían muerto casi una docena de cautivos en la colonia terrícola invadida por la milicia de Prow a causa del maldito collar que les sometía.

La obediencia debía de ser absoluta, el más mínimo fallo se pagaba con una muerte larga y cruel.

Un oficial y dos milicianos prowitas se acercaron al gobernador Hollsee que trabajaba en la reconstrucción de la colonia, destruida por los propios invasores.

— ¡Sígueme!

Hollsee soltó lo que tenía entre las manos y al caer al suelo, se rompió.

El oficial le miró con dureza. Alargó la mano y el látigo eléctrico brotó de un artilugio que llevaban colgando de su muñeca.

El terrícola sintió el dolor de la flagelación y unos cortes negrirrojos aparecieron en su rostro, la sangre brotó por ellos. Varios terrícolas que estaban cerca hicieron intención de ayudarle, especialmente uno de ellos que trató de saltar sobre el oficial prowita para desarmarle, pero antes de que lo consiguiera, se llevó las manos al cuello y rugió de dolor, retorciéndose.

El gobernador Hollsee, olvidándose de su rostro herido, fue hacía él para ayudarle.

— ¡No le hagan más daño!

Las miradas de los Prow eran crueles, despiadadas, de nada servían las súplicas de Hollsee. El joven que había salido en su ayuda, intentando atacar al oficial de Prow, cayó al suelo.

El gobernador introdujo sus dedos entre la abrazadera y el cuello del muchacho caído, tratando de arrancársela. Notó que se quemaba los dedos, pero no la soltó, quería liberarle del castigo.

Los soldados prowitas le cogieron por los brazos y lo separaron

del muchacho, que terminó ennegreciéndose. Su cabeza se inflamó, exhalando un último grito de agonía y luego el silencio.

— ¡Canallas! —escupió el gobernador Hollsee.

—Nadie queda aquí sin castigo. Vamos, te esperan.

Todos miraron desolados al gobernador, nada podían hacer. Hollsee tenía el rostro ensangrentado y sus dedos ennegrecidos no sentían el dolor.

Dio una última mirada al cadáver que yacía en el suelo y suspiró, impotente para terminar con aquella dramática situación.

Le condujeron al despacho que él mismo ocupaba antes de la invasión, un despacho que tenía trescientos sesenta grados de visión. Todo eran cristales sin columnas de sostén, los propios cristales sostenían la bóveda.

Allí estaba el emperador Wrang, instalado sobre la plataforma giratoria sobre la que se hallaba la mesa de control y la butaca.

—Magnífico despacho, gobernador —le dijo el emperador Wrang, después de que el oficial le hubiese obligado a inclinar la cabeza, a viva fuerza y con unos duros golpes sobre su espinazo.

— ¿Qué desea de mí?

—No van muy bien las cosas. Por cierto, parece que ha tenido algún tropiezo.

—Si lo dice por mis heridas, le contestaré que a sus órdenes tiene verdugos y no milicianos.

—Un miliciano siempre es un verdugo, gobernador. Ha de ejecutar al enemigo y todos los humano-terrícolas sois nuestros enemigos.

—Nosotros no queremos ser enemigos de nadie.

—Mejor será si no ofrecéis ninguna resistencia. Mis servicios de información están acumulando datos acerca de los terrícolas y sobre sus poderes en su propio planeta.

—No sacará nada en limpio.

—Sí, ya he visto que lo destruisteis todo y que la reconstrucción

va muy lenta, demasiado lenta, pero tengo métodos para extraer de vuestros cerebros todo lo que contengan. Por supuesto, aumentaré la dureza y severidad en el trato.

— ¿Más?

—Se os puede torturar hasta que no quede ni uno vivo. Después de todo, si no me facilitáis información, ¿de qué servís vivos?

El gobernador Hollsee comprendió que el emperador Wrang tenía razón desde su punto de vista; si no obtenían información de los cautivos, los eliminarían y así dejarían de ser un problema.

—Habéis podido destruir a una flotilla miliciana de protección, a un puñado de cosmonaves de combate, pero jamás podréis contra nuestra milicia que defiende el planeta Tierra de invasores como vosotros.

—Ah, antes de que se me olvide, mis soldados han descubierto un vehículo vuestro.

— ¿Un vehículo nuestro? —repitió Hollsee palideciendo, pero no se le notó a causa de las heridas recientes que manchaban su rostro de sangre.

—Sí, un vehículo que ha disparado contra una formación de naves de combate. Han conseguido derribar a dos de mis bravos soldados, pero ellos han sido destruidos.

El gobernador Hollsee se sintió hundir: la operación Fénix estaba resultando un fracaso.

—Destruidos —repitió ya sin tono de pregunta, inclinando la cabeza con actitud vencida.

—Me dijiste que no había nadie más en el planeta y me estoy refiriendo a naves o vehículos subespeciales, pero armados.

—No sabía que uno de ellos había escapado a la invasión.

— ¡Mientes!

El gobernador Hollsee sintió en su cuello la presión y quemazón de la maldita abrazadera.

— ¡Máteme de una vez! —rugió.

— ¡Va a decirme cuántos vehículos hay más!

El gobernador Hollsee se dio cuenta de que se hallaba al límite de su resistencia. Había sido golpeado, flagelado, humillado y ahora, el maldito collar que lo asesinaba en aquella muerte cruel a la que todos temían.

Odió al emperador Wrang y a todos sus súbditos; odió a aquellos seres extremadamente altos que parecían tener un esqueleto anillado, piel escamosa y hablaban como si fueran serpientes dispuestas a atacar.

— ¡Exijo que me digas cuántas son! —gritó el emperador Wrang que parecía llevar personalmente aquel interrogatorio.

—Sesenta y tres —mintió el gobernador Hollsee.

Pensó que si decía un número fácil podía resultar increíble. Por otra parte, si no decía nada, continuaría la tortura y si hablaba de tantos vehículos, la vigilancia se dispersaría por todo el planeta, pues no se sentirían tranquilos en absoluto.

— ¿Tantos? —preguntó, sorprendido y preocupado a la vez.

El gobernador sabía muy bien que sólo quedaba un vehículo e ignoraba quién lo comandaba, puesto que tampoco sabía quiénes iban en el destruido, aunque su actuación había sido algo estúpida al disparar contra una formación de cosmonaves de combate.

Quizá lo habían hecho al verse descubiertos, pensando que no tenían otra salida.

De pronto, una especie de medallón de identificación imperial que Wrang llevaba al cuello, lanzó un largo silbido. El gobernador lo tomó en la mano y lo miró, pudiendo ver en él a uno de sus altos oficiales.

—Majestad, estamos siendo atacados.

— ¿Cómo?

—Con cañón láser.

A través de los cristales miró hacia la gigantesca cosmonave que ocupaba casi la totalidad del astropuerto.

Un dardo láser la recorría buscando un punto débil. Se fundieron

una escotillas y un rayo láser penetró en la cosmonave, provocando incendios en el interior.

Pronto brotaron las llamas y el humo llenó la cosmonave, dentro de la cual comenzaron a sonar alarmas de combate y emergencia.

— ¡Maldita sea, mira lo que hacen tus hombres, los aplastaré!

El gobernador Hollsee sintió hincharse sus pulmones.

Un cañón láser había sabido encontrar un buen objetivo. Mas pronto vio el cómo el cielo se llenaba de cosmonaves de combate que partieron en busca del enemigo para destruirlo.

La gigantesca cosmonave trató de elevarse para abandonar el lugar donde estaba siendo atacada, pero dio bandazos sin conseguir ascender.

El emperador Wrang comprendió que había sido gravemente tocada y se apresuró a llamar:

— ¡No la mováis, reparad las averías cuanto antes, contraatacad!

La gigantesca cosmonave insignia y nodriza a la vez, pues viajaba por los espacios siderales con todo el ejército de pequeñas cosmonaves dentro de sus hangares, comenzó a disparar en la dirección de donde procedía el láser que había conseguido tocarles mientras las cosmonaves de caza buscaban el objetivo personalmente.

La orden era tajante: destruir al enemigo.

CAPITULO VIII

El cañón láser no había sido activado hasta que la noche llegó a ellos, aunque tardaría casi una hora en llegar a la colonia invadida debido a que se hallaban en meridianos distintos.

— ¡Le he dado de lleno! —exclamó Seny Joliu satisfecho.

— ¿Y ahora?

—He puesto el automático y nosotros debemos marcharnos antes de que pasen cinco minutos. Esta cumbre será atacada y no va a quedar ni un cristalito de hielo. Parecerá un volcán en vez de una cumbre helada.

Todos tenían ya las alas artificiales dispuestas y los trajes bien ajustados para resistir el viento, el frío, la nieve.

Las armas estaban bien sujetas a sus cuerpos para no perderlas y también unas pequeñas cajas de suministros. El resto debían dejarlo allí en la cumbre, comida, micropilas atómicas, las tiendas climatológicas, los robots porteadores que tanto resultado les habían dado.

Miraron la negrura del abismo. Aquello no era como estar en el espacio donde se sabía que dar un paso en el aire era seguir flotando. Allí, en la cumbre más elevada del planeta Brion, dar un paso en el vacío era caer y caer para hallar la muerte al final.

—Ya conocéis la ruta, adelante. Esperemos que nos tomen por pajarracos; nos detectarán por infrarrojos y si nos descubren, no llegaremos vivos abajo.

Boix fue el primero en descender. Le siguió Cornelia, que les dijo:

—Adiós, hasta ahora o hasta siempre.

Nil Esplai los vio disolverse en la negrura, pudo oír el aleteo de sus alas artificiales.

— ¿Tienes miedo?

—Un poco.

—No puedo darte la mano, nuestras alas chocarían. Vamos, salta, yo te seguiré.

—Seny, me gustaría besarte ahora, pero el casco me lo impide.

Se encontraron sus manos enguantadas cuando ya el primer disparo de los prowitas llegaba a la cumbre. El cañón láser enmudeció.

—Vamos, ya llegan.

Nil Esplai saltó y sus alas batieron el aire, descendiendo a gran velocidad para escapar de aquel lugar. Seny Joliu saltó tras él, aleteando apenas; era una caída casi en picado.

Lo que tanto les habla costado hacer caminando, ahora lo deshacían en breves segundos, cayendo vertiginosamente.

Las alas artificiales parecía que no iban a resistir aquel roce contra el viento helado mientras volaban en busca de los bosques próximos al mar.

Seny Joliu volvió la cabeza y vio iluminarse la cumbre del monte Gian como si hubieran colocado un sol sobre él.

La cima se transformó en una cúspide ígnea que comenzó a enviar luz y calor en todas direcciones. Nada vivo podía quedar allá arriba, ni un resto de los equipajes abandonados ni del cañón láser.

La nieve y el hielo se hablan derretido y el agua hirviendo comenzó a deslizarse montaña abajo.

Por la furia con que contraatacaban, no cabía duda de que habían hecho daño al enemigo, había sido un buen golpe de mano.

Cada uno de los cuatro terrícolas que volaban con sus alas artificiales escapando a las represalias, llevaba consigo un indicador electrónico de ruta que les guiaba. Los números líquidos señalaban la altura a la que se hallaban y una aguja fosforescente oscilaba entre dos puntos rojos buscando el intermedio y convirtiéndose en bisectriz indicadora.

Seny Joliu, que iba el último sin ver a los que le precedían, vigilaba con su arma dispuesta por si las cosmonaves de caza iban en su busca.

Las vio cruzar el cielo en todas direcciones, pero no se fijaron en

ellos. Posiblemente buscaban vehículos volantes o terrestres sin encontrarlos.

El camuflaje de las alas parecía bueno.

Al fin, sobrevoló el último bosque. Pasó a la selva y llegó a la playa donde tomó contacto con el suelo.

Se quito las alas que le molestaban y buscó a los demás, telecomunicándose con ellos con emisión de corto alcance para no ser detectados.

—Boix, Nil, Cornelia, ¿estáis bien?

—Soy Boix. Estoy junto a la playa, te capto mirando al mar a unos cien grados.

—Y yo a doscientos sesenta, así que caminaremos el uno hacia el otro y ya nos encontraremos.

—Yo estoy en el medio —dijo la voz de Cornelia.

—Nil, Nil, ¿dónde estás? —insistió Seny Joliu.

Primero encontró a Cornelia, que se le abrazó, satisfecha, y luego a Boix.

— ¿Nil no aparece por ninguna parte? —preguntó Boix.

—No, he aumentado la potencia del emisor y no responde.

—Tenía que haber llegado ya.

—Debemos aguardar aquí hasta que amanezca —propuso Cornelia—, No hace frío.

—Buscaremos algunas rocas para protegernos y esperaremos hasta el amanecer, hay que encontrar a Nil.

—Habría tenido tiempo de enviar alguna señal, un aviso.

— ¿Y si se ha golpeado contra algún peñasco saliente? —Preguntó Cornelia.

—Lo averiguaremos —masculló Seny.

—Ahora hay que esconderse y esperar el amanecer.

* * *

Nil Esplai, en un movimiento brusco, había perdido su indicador de ruta. Trató de alcanzarlo y descendió en exceso. Notó el roce de las copas de los árboles bajo sus botas.

Una rama la golpeó y gritó de dolor mientras caía de costado entre los árboles; no obstante, maniobró con las alas para no matarse y llegó al suelo en un claro de la selva.

Cojeó a causa del golpe recibido.

Llamó por el telecomunicador, mas no obtuvo respuesta. Probó las alas de nuevo y observó que tenían algo de avería, pero podía seguir volando con ellas hasta encontrar la orilla del mar.

Trató de remontar el vuelo sin conseguirlo, hacía falta dejarse caer desde una altura para que las alas cogieran aire o bien dar una carrerilla y luego, un salto, pero sus piernas, si no heridas sí castigadas por el golpe, se lo impedían, no conseguía saltar y correr a duras penas.

«Buscaré un sitio alto desde el que poder lanzarme y llegar al mar», se dijo.

Se puso a caminar sin saber en qué dirección, la espesa y oscura selva le impedía ver y carecía del indicador de ruta. Su única meta era hallar un lugar elevado desde donde lanzarse para proseguir el vuelo interrumpido, pero ese lugar no aparecía por parte alguna y la espesura de la selva comenzaba a inquietarla.

Las dos lunas del planeta Brion habían aparecido, brillando con fuerza.

La luna naranja, en plenilunio, daba una luz más que suficiente para leer incluso.

«Tengo que encontrarlo —se dijo, cojeando—, tengo que encontrarlo.»

Buscando un desnivel del terreno con más de cinco metros de altura para lanzarse batiendo las alas máximo y poder elevarse para

seguir volando en busca del mar para reunirse con sus compañeros, notó que algo le caía encima.

Levantó las manos llena de angustia, pero no consiguió zafarse de lo que, en principio, le pareció una gigantesca tela de araña.

El peso de la red la hizo caer. Comprendió que su situación era más que difícil y abrió el telecomunicador.

— ¡Seny, Seny, socorro, socorro!

Dejó el telecomunicador abierto por si obtenía respuesta. Quiso empuñar su arma, pero la red se estrechó tanto en torno a su cuerpo que le impidió mover los brazos, Las alas se plegaron, pegándose a su espalda.

Hecha un fardo, la elevaron en el aire y entonces pudo ver los rostros de sus captores.

Los ralanois no eran hombres muy altos, pero si macizos, con vello en todo su cuerpo, gran cabellera enmarañada, mentón prominente y mandíbulas fuertes armadas de grandes colmillos.

Eran cazadores natos, seres humanos muy primitivos y una alegría especial brillaba en sus ojos.

En aquella postura incómoda, atrapada dentro de la red e imposibilitada de todo movimiento, Nil fue transportada por la selva durante un tiempo que se le antojó eterno, pero quizá no fue superior a una hora.

Llegaron a un poblado de los ralanois, cercado por gruesos troncos unidos unos a otros y terminando en punta en lo alto para evitar ataques de animales y posiblemente de otras tribus que siendo ralanoi como ellos, podían ser sus enemigos territoriales.

El poblado estaba compuesto por chozas o cabañas circulares hechas de troncos y ramas colocadas en línea circular.

Formaban varios círculos, unos dentro de otros, dejando un gran espacio libre en el centro.

Al fondo había una edificación más grande, alta y no circular como las demás, que tenía estructura rectangular. Era la única construcción realizada con gruesos troncos y que rebasaba en mucho la altura de la empalizada.

Delante de cada choza o cabaña ardía una fogata. Aquellos fuegos sólo podían verse desde el aire.

Si los prowitas los observaban, no les darían mayor importancia, ya que conocían la existencia de aquellos seres primitivos a los que no prestaban ninguna atención por considerarlos sin entidad suficiente para darles un disgusto.

Nil Esplai pudo oír a su alrededor gritos, gruñidos y voces que no entendía. Supuso que eran voces primitivas, onomatopeyas de un lenguaje incipiente.

De pronto, unos pocos comenzaron un canto de tono grave y a aquel canto se unió todo el campamento.

Varias manos la tocaron. Ella trató de zafarse, pero sólo conseguía debatirse sin resultado.

Un grupo de guerreros, ayudado por una especie de bueyes domesticados, aparecieron llevando una plataforma hecha de troncos con una escalera para acceder a ella desde el suelo. En lo alto había dos gruesos mástiles en vertical.

Subieron su presa a la plataforma y una vez allí, tras sujetarle las manos para evitar que hiciera algo con ellas, la sacaron de la red.

Le ataron después las muñecas a unas cuerdas que partían de lo alto de sendos troncos en vertical con tal fuerza que de no haber llevado guantes, hubiera podido perder las manos.

Tensaron las cuerdas y Nil Esplai quedó en pie, con los brazos en alto y en posición de uve, colgada de los mástiles. De haber tensado más las cuerdas que le sujetaban las muñecas no habría tocado el suelo con los pies.

Su situación era muy desagradable y no podía, empuñar el arma que llevaba sujeta a su cuerpo por las anchas correas de nylon. No le habían quitado nada, ni el arma ni el telecomunicador ni las alas artificiales, tampoco la bolsa de suministros.

Todos cantaban en torno a la plataforma que parecía el lugar idóneo para las torturas o ejecuciones.

Sonó un gong grave y largo de sonido y todos callaron.

Nil observó que los ralanois miraban hacia la construcción

grande que podía ser su templo o el palacio de quien gobernaba aquel poblado que era mayor de lo que podía parecer en principio, pues las chozas que formaban círculos concéntricos sumaban varios centenares.

Nil Esplai, temiendo lo peor, miró también hacia aquella especie de templo del que comenzaron a salir mujeres portando antorchas en sus manos.

CAPITULO IX

El general Xamp, que venía a ser como la mano derecha del emperador Wrang, transmitía a éste las últimas noticias sobre los acontecimientos que tanto le habían exasperado.

Tenía el rostro como transfigurado; no podía decirse que aquellos seres de piel escamosa palidecieran, pero sí estaba transformado.

—La nave imperial ha sido gravemente tocada.

— ¿Cómo es posible? —rugió el emperador Wrang.

—Con el dardo láser de gran potencia hipertérmica han conseguido provocar un incendio en La sala de ordenadores y en el refrigerador de los motores antigravitatorios.

— ¿Por eso no pudieron despegar?

—Así es, majestad.

— ¿Cuánto tiempo se tardará en las reparaciones?

—Majestad, por ahora el tiempo es indeterminado.

— ¿Cómo?

—Parece ser que no disponemos de algunos elementos.

— ¡No es posible! La nave imperial lleva repuestos de todo.

—De todo, no, majestad, Los refrigeradores se podrán reparar en unas doscientas horas.

— ¿Tanto daño han recibido?

—Sí, majestad, hay que asegurarse. Si emprendiéramos el vuelo y nos lanzáramos al espacio sideral superando el uno punto mach luz y fallara la refrigeración, nos desintegraríamos En el espacio.

—Bien, bien. ¿Y qué es lo demás?

—Los ordenadores.

— ¿Es lo más grave?

—Así es, majestad. Hacen falta datos.

— ¿Qué clase de datos?

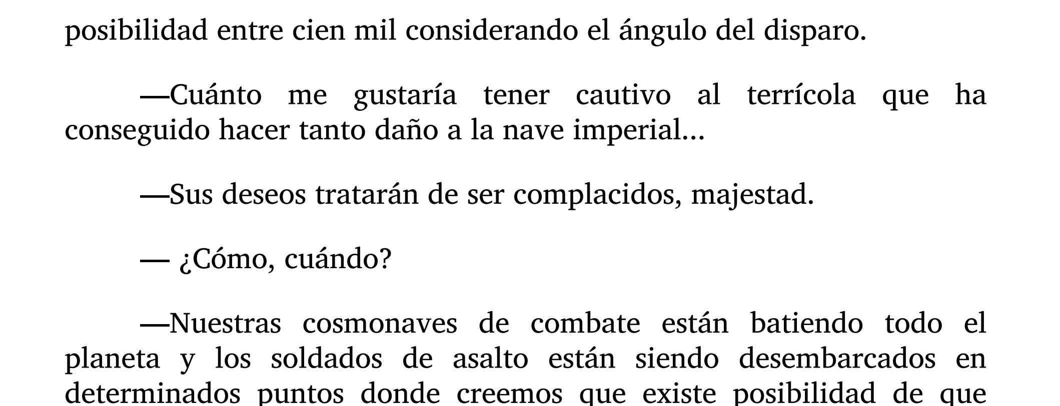
—De todas ciases: cartas de la galaxia, situación de las estrellas y sus planetas...

—Esos datos los tendrán los terrícolas, ¿no?

— Los tenían, majestad, destruyeron su computadora central.

—Sólo hay problemas y todo por esos malditos terrícolas... ¿Y cómo puede ser que el corazón del ordenador estuviera en un lugar tan vulnerable desde el exterior?

—El rayo de láser de grueso diámetro penetró por una escotilla que se fundió. Dio en una pared, la atravesó y ya dentro de la sala, como venía oblicuo, perforó el suelo y se introdujo en el corazón del ordenador, provocando el incendio. Había una probabilidad entre cien mil de acertar atravesando la escotilla, la pared y el suelo, sólo una



posibilidad entre cien mil considerando el ángulo del disparo.

—Cuánto me gustaría tener cautivo al terrícola que ha conseguido hacer tanto daño a la nave imperial...

—Sus deseos tratarán de ser complacidos, majestad.

— ¿Cómo, cuándo?

—Nuestras cosmonaves de combate están batiendo todo el planeta y los soldados de asalto están siendo desembarcados en determinados puntos donde creemos que existe posibilidad de que haya terrícolas escondidos, están rastreando las áreas. Terminaremos encontrándolos.

— ¿Y el lugar desde donde dispararon?

—Le llaman el monte Gian, es el más alto que hay en el planeta Brion, pero el ataque de nuestros bravos milicianos ha destruido la cúspide rebajándola considerablemente, fundiéndola. Allí no ha quedado nada vivo ni aprovechable.

— ¿No había ningún vehículo terrícola?

—No, majestad, ninguno.

— ¿Y cómo subieron?

—Lo ignoramos, majestad. No podernos olvidar que los terrícolas son un poco salvajes y se comportan como tales en ciertas ocasiones Son capaces de caminar largas distancias, de subir montañas elevadas sin ningún vehículo.

—Ya me gustaría que mis súbditos tuvieran un poco de ese salvajismo de los terrícolas.

—Si su majestad lo ordena, haremos una revisión de las tablas de ejercicios físicos para dar mayor resistencia a nuestros soldados.

— Me temo que no lo conseguiríamos, general Xamp Te nomos otros músculos, otro tipo de esqueleto. Poseemos el mismo sistema de respiración, pero los terrícolas lo tienen más desarrollado por su primitivismo. Son capaces de absorber más oxigeno del aire y ello les da más resistencia. Ninguno de nuestros soldados podría llegar a la cima de un monte como ése sin desfallecer antes.

—Atraparemos a los terrícolas, se escondan donde se escondan.

En cuanto a la nave imperial, será reparada y el ordenador restaurado en gran parte.

— ¿Y las cartas estelares?

—Bastará con que nos situemos en mitad del camino entre Brion y nuestro planeta Prow para pedir todos los datos a la computadora central de nuestro imperio y nos los enviarán en telecomunicación de aita fiabilidad.

—Sí, no está mal —asintió pensativo el emperador Wrang.

—Esto retrasará nuestros planes de invasión al planeta Tierra, pero al final lo conseguiremos tal como su majestad ha planeado.

—Sí, haremos desaparecer de la galaxia a la especie terrícola.

—Revisaremos el planeta Brion hasta el último rincón, poseemos medios para hacerlo; el terrícola que nos ha atacado no escapará.

—General, ¿de verdad cree que hay setenta y tres vehículos como dijo el gobernador Hollsee?

Tras unos momentos de duda, el comandante en jefe de las fuerzas espaciales de Prow, respondió;

—No.

—Podemos asegurarnos, general.

— ¿Cómo?

—Someteremos a un terrícola a las neurovisiones.

—Esa máquina es muy peligrosa, majestad; puede fundir las neuronas, deshaciendo el cerebro.

— ¿Qué importa la muerte de un terrícola?

—Nada, majestad. ¿Piensa someter a ese tratamiento al gobernador de los terrícolas?

—Es posible, pero primero quiero contrastar a uno de sus subordinados para ver si lo que dice su mente es igual a lo que nos ha dicho el gobernador.

—Majestad, será complacido en seguida.

Claudine, una joven secretaría de gobernación, fue la elegida.

Sin saber qué iban a hacer con ella, fue obligada a dirigirse a la gigantesca cosmonave insignia averiada gracias al certero cañonazo láser propinado por Seny Joliu; no obstante, había muchas dependencias útiles dentro de aquella cosmonave que en sí misma era una completa metrópoli espacial.

Le ordenaron subir a un vehículo pequeño al que también subieron los soldados de la escolta y por entre corredores llegaron a una sala en la que había una gran pantalla oscura y una mesa de bruñido metal con diversas abrazaderas que le inspiraron un rechazo inmediato.

Le forzaron a sentarse en una butaca, la sujetaron y uno de los prowitas comenzó a raparle el cráneo con una maquinilla.

Claudine, al ver caer sus largos y lacios cabellos, negros y hermosos, tuvo la sensación como de total desnudez. Le arrancaban la seguridad en sí misma con aquella maquinilla que la rapaba hasta tal punto que su cabeza quedó totalmente afeitada.

— ¡Noooo! —gritó.

Nadie podía defenderla, lo sabía, pero el miedo se introdujo en sus venas y corrió por ellas arañándole las entrañas y la garganta, oprimiéndole el corazón, haciéndole daño en el pecho, en el vientre, en la cabeza.

— ¡Noooo!

Los seres de Prow permanecían imperturbables, no se dejaban influir por sus gritos y la cabeza de Claudine quedó lisa y brillante, sin un solo cabello.

Después, fue materialmente arrastrada a la camilla metálica y allí pese a sus desesperados esfuerzos por impedirlo, fueron sujetando su cuerpo con las abrazaderas, tobillos, muslos, la cintura, las muñecas, los brazos, por encima de los codos, el cuello.

Su cabeza quedó suspendida en el aire ya que la parte metálica de la mesa que debía sostenerla se abatió.

Claudine notó cómo manipulaban en su cabeza, cómo trazaran unos dibujos en ella y cómo alargaban unos electrodos que fueron aplicando contra su cráneo.

Más, al sujetarlos, accionaban un dispositivo y le causaban un dolor inaguantable, un dolor que penetraba en lo más hondo de su cerebro.

Cada electrodo exigía la perforación de la piel y la capa ósea del cráneo hasta llegar al mismísimo cerebro, hundiéndose en él.

Los prowitas hicieron pruebas con los circuitos y Claudine notó las vibraciones electrónicas dentro de su cerebro profanado por la horrible máquina que trataba de violar su intimidad más grande, la de su mente, algo que hasta aquel momento los terrícolas habían considerado intocable.

La pantalla se iluminó y comenzaron a salir rayas, pun tos, luces entrecruzadas, imágenes que se fundían unas con otras.

En aquel instante entraron en la sala el emperador Wrang y el general Xamp. Todos los prowitas allí presentes inclinaron sus cabezas de una forma ostensible en señal de acatamiento a su emperador que avanzó hacia la cautiva.

—Tú debes ser hermosa entre los terrícolas, ¿verdad?

—Por favor, por favor, quítenme los clavos de la cabeza, no pudo soportarlo —suplico, con los ojos anegados en lágrimas.

—Majestad, podéis hacer preguntas y en la pantalla aparecerá el pensamiento de la cautiva terrícola —le dijo el general Xamp

—Si quieres librarte del dolor, responde a mis preguntas, responde bien.

— ¡No sé nada, no sé nada!

— ¿Cómo es el gobernador? —inquirió el emperador Wrang que deseaba dirigir personalmente, el interrogatorio.

Las pantallas se iluminó y en ella apareció la figura del gobernador Hollsee tal como la recordaba Claudine.

Pudieron ver al gobernador sentado en su despacho de mando, caminando y al aire libre, una imagen pasaba rápida para dar paso a otra.

Claudine balbuceaba corno tratando de explicar algo Por la posición en que se hallaba sujeta a la plataforma metálica, ella misma

podía ver la pantalla en la que aparecían sus propios pensamientos.

—Muy bien, muy bien, lo haces muy bien, bella terrícola. Ahora dinos cuál era tu labor en la colonia terrícola.

Apareció la propia Claudine, aunque el rostro se veía difuminado. Tecleaba en una terminal de ordenador y se la veía conversando con otras mujeres terrícolas, riendo con ellas, hablando de otros hombres.

Se la pudo ver alimentándose y también bañándose, recibiendo el agua en su rostro y en su cuerpo desnudo.

Mientras, el rostro de Claudine se contraía por el intenso dolor provocado por aquellos malignos electrodos insertados en su cerebro.

—Dinos con cuántas cosmonaves milicianas contabais.

En pantalla aparecieron los datos de una terminal de ordenadores.

—Treinta cosmonaves medias, provistas de siete cañones y setenta de caza, con un solo cañón y alta velocidad —pudo leer el emperador.

Se volvió hacia el general Xamp, interrogante.

—Así es, majestad. Esas cosmonaves fueron todas destruidas por nuestra flota.

—Bien, parece que todo encaja.

— ¿Cree que responderá a la pregunta de cuántos vehículos comandos de guerrilla existen?

El emperador formuló la pregunta y en la pantalla no apareció ninguna respuesta, quedó blanca. El emperador insistió:

— ¿Cuántos vehículos comando de guerrilla hay en el pía neta Brion para contraatacarnos?

De nuevo la pantalla quedó en blanco, el pensamiento de Claudine no parecía saber nada.

—Más intensidad —ordenó el general Xamp.

El científico que manejaba los controles hizo girar un dial y

Claudine lanzó un grito desgarrador. Su cuerpo se convulsionó pese a todas las abrazaderas que lo sujetaban y luego quedó quieta. Tenía los párpados cerrados, pero comenzó a manar sangre por su nariz y oídos.

—No ha resistido, majestad, quizá es que realmente no sabía nada. ¿Qué le parece a su majestad si colocamos al gobernador en este aparato? El sí sabe lo que nosotros deseamos averiguar.

—Es un riesgo, general. El que haya muerto esta bella terrícola carece de importancia; ahora, llevarán su cadáver a la desintegración, salvo que nuestros científicos deseen ver cómo ha quedado su cerebro y le abran el cráneo para investigar, pero si el gobernador muere, perderemos a nuestro más valioso elemento informativo.

—Mientras los soldados rastrean todo el planeta Brion buscando a quienes nos han atacado, suponiendo que no hayan muerto ya en la cúspide del monte Gian, aquí habremos de correr algún riesgo, claro está que iremos con más cuidado.

—Está bien, general, pero prepárenlo antes muy bien, no quiero que muera aun. Estimúlenlo, cuiden de todos los detalles, hagan desaparecer su rebeldía.

—Lo trataremos con el máximo cuidado, majestad, pero le extraeremos todo lo que tiene en su cerebro.

CAPITULO X

—No la encontraremos.

—Hay que seguir buscando —replicó Seny Joliu a Boix.

—Buscarla es perder tiempo. ¿No decías que lo principal era hacer la guerra de guerrilla a los invasores de Prow? ¿Que todos teníamos que morir en esta misión suicida?

—Sí, pero...

—Reconoce que Nil Esplai es especial para ti.

— ¿Especial?

Los dos hombres se miraron a la cara. Las dos lunas brillantes del planeta Brion íes permitían verse muy claramente.

—Sí, no hubieras hecho lo mismo por Cornelia o por mí.

— ¿Por qué no?

—Nil es algo diferente para ti.

—Basta, Boix —pidió Cornelia—. Yo también deseo encontrar a Nil. A mí también me hubiera gustado que me buscaran de haber

sufrido un tropiezo en el vuelo.

—Es una locura buscarla, puede estar a cien kilómetros de aquí, en los bosques más altos. Hemos volado mucho y siempre en descenso hacia el mar.

—Cornelia tiene razón, hay que buscarla. No es lo mismo que la fuga de Preston y Dora, ellos se han ido por su propia voluntad. Si Nil está herida o abandonada, tenernos que buscarla y ayudarle.

—Perderemos el tiempo.

—Ahora tenemos un poco de tiempo, bien ganado después de darles duro a los invasores.

—Ellos han replicado con más dureza. Si llegamos a estar veinte segundos más en lo alto del monte Gian, ahora sólo seríamos ceniza mezclada con agua hirviendo.

—Escapamos a tiempo, ésa era la forma de actuar —puntualizó Seny Joliu.

—Los prowitas siguen buscando, pero no nos encontrarán —dijo Cornelia—. Quizá crean que hemos muerto; el láser seguía disparando automáticamente cuando han fundido la cúspide del monte Gian.

Seny Joliu les dijo:

—Podéis marchar hacia el escondite de nuestro vehículo comando; yo seguiré buscando a Nil,

—Yo no me marcho —dijo Cornelia—. Iré contigo.

—Sigo siendo el jefe del Comando Dos, pero no te he ordenado que me sigas. Es preciso que llegues al vehículo.

—Entre dos buscaremos mejor.

Por su parte, Boix gruñó:

—No voy a marcharme solo.

—Marchaos al vehículo y guareceros en él con los compañeros. Aguardad allí quietos sin moveros ni enviar ninguna señal de telecomunicación durante cincuenta horas.

— ¿Y después? —inquirió Boix.

—Olvidaros de Nil y de mí

— ¿Quién quedará al mando del comando? —quiso saber Boix.

—Lógicamente, tú eres el más adecuado.

— ¿Hay normas a seguir?

—Sí, atacar al enemigo por donde se pueda.

—La capacidad de réplica del enemigo es muy grande, ya lo hemos comprobado y más ahora que están sobreaviso. Apenas nos detecten nos desintegrarán sin darnos tiempo ni a respirar.

—Sí, peor será si os entregáis.

—Quizá fuera mejor irse a algún lugar virgen de este planeta y olvidarse de los prowitas. Puede que después de unas docenas de millares de horas dejen el planeta por completo y se pueda vivir aquí como en un paraíso.

—Este planeta es virgen en gran parte. Les ralanois son una especie humana todavía en evolución primitiva y poco multiplicada.

—Boix, si quieres desertar, hazlo ahora mismo pero no arrastres contigo a nadie más.

—Sólo era hablar por hablar. No voy a desertar, yo también deseo acabar con los invasores.

—En ese caso, si Nil y yo no estarnos en el vehículo antes de cincuenta horas, continuad la lucha contra los prowitas.

— ¿Hasta qué extremo?

—Hasta el último extremo, empleando los métodos que se puedan.

—Lucharemos —dijo Cornelia con energía.

Se abrazó a Seny Joliu cuando en realidad hubiera deseado besarte, pero los cascos de protección que les cubrían los rostros por completo se lo impedían.

Boix y Seny se miraron. Extendieron sus respectivas diestras y se las estrecharon, quizá no volvieran a verse nunca, era lo más seguro.

Seny Joliu trató de dar fuerza a su mano para transmitírsela a Boix; no estaba muy seguro de que Boix llegara hasta el final luchando contra el enemigo. La posibilidad de desertar era demasiado fácil y tampoco se lo podía reprochar. Preston y Dora lo hablan hecho ya.

Los vio alejarse hacia la arena y tornar carrerilla.

Desplegaron las alas artificiales que llevaban, cogieron arre y el resto lo hizo el motor accionado por la micropila atómica. Se alejaron como dos grandes pájaros nocturnos del planeta Brion.

Seny Joliu dejó pasar los minutos y se enfrentó con la selva. Comprendió que andando no encontraría jamás a Nil Esplai.

Volvió a activar el telecomunicador en posición de corto alcance para no ser detectado por los prowitas que debían estar rastreando el planeta buscando a terrícolas armados.

—Nil, Nil, soy Seny. ¿Me oyes? Si me captas, responde, responde.

El silencio era la única respuesta que obtenía a su llamada.

Tomó carrerilla y se elevó.

Notó el batir de las alas a su espalda y se desplazó por encima de las copas de los árboles.

Buscar entre aquella masa oscura, plagada de extraños animales, resultaba casi imposible; sin embargo, Seny Joliu no quería darse por vencido.

—Nil, Nil, ¿me oyes? —insistía mientras volaba por encima de la espesa selva que precedía a los bosques húmedos, ya más altos.

— ¡Seny!

Todo él sufrió un estremecimiento. Era la voz de Nil, no le cabía ninguna duda, sólo que se oía muy lejana y apagada; quizá sólo se tratara de una alucinación auditiva.

—Nil, Nil, ¿me oyes? —insistió, avanzando en su vuelo.

No volvió a oír la voz y se dijo que debía ser una mala pasada que le había jugado su mente.

Dio un rodee pensando que al volar en una dirección podía

haberse, alejado demasiado del punto en el que creyera oír la voz de Nil y que si volaba en dirección contraria iba a ser peor.

— ¡Seny!

Había vuelto a oír la voz de Nil, estaba seguro de ello, no era una mala jugada de su mente.

CAPITULO XI

Nil Esplai no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, a lo que escuchaban sus oídos.

La comitiva de lo que podían considerarse brujas o sacerdotisas de aquella tribu que habitaba el poblado, llegó hasta Nil portando antorchas que chisporroteaban al aire. No hacía falta más luz, las dos lunas naturales del planeta Brion enviaban la suficiente

Del templo había surgido aquel monstruo que tenía un cuerno en la frente, entre sus ojos. No estaba colocado ni era exactamente igual que el de un rinoceronte, pero se le parecía mucho.

Su cuerpo era como el de un gorila gigante, salvo que no era velludo sino de piel dura, formando placas como si fuera una armadura natural.

Estaba armado de poderosa dentadura capaz de partir el tronco de un árbol con ella, pero quizá lo más temible de él eran las gruesas y grandes zarpas de que estaba provisto en sus cuatro extremidades.

La extraña bestia tenía la cara quemada y Nil Esplai sabía bien por qué. Seny Joliu le había disparado su fusil láser después de que aquel monstruo matara a dos miembros del comando, estando a punto de matarla a ella también.

Estaba cegado y su rostro, en carne viva. Aquel monstruo no viviría mucho tiempo; las enfermedades entrarían en su cuerpo a través de las llagas que lo hacían más rabioso.

Rugía profiriendo un lamento largo, como llamando a otros de su especie para que le ayudaran y quizás ellos lo habían expulsado del templo excavado en las entrañas de una montaña rocosa.

Manoteaba el aire, sus zarpas iban de un lado a otro torpemente. Aquel monstruo gigante sin duda alguna estaba mermado en sus facultades físicas aparte de estar ciego y posiblemente sin olfato.

Gruesas cuerdas lo ataban por la cintura y el cuello, de donde partían largos cabos de los que los miembros de la tribu jalaban con fuerza para obligar al monstruo a avanzar en la dirección que ellos deseaban.

Sus pies estaban atados entre sí en corto y al mismo tiempo partían de sus tobillos gruesas ligaduras que sujetaban dos grandes rocas que el monstruo se veía obligado a arrastrar en su avance, lo cual limitaba aún más sus movimientos.

Para acabar de encauzarle, los ralanois utilizaban larguísimas lanzas de puntas agudas, que clavaban entre los pliegues de su cuerpo, obligándole así a tomar la dirección que ellos deseaban.

Nil lo veía avanzar hacia ella, lenta y pesadamente, en medio de cantos con los que los ralanois semejaban querer conjurar sus maleficios.

Nil comprendió que lo que pretendían los ralanois era enfrentarlos a ambos.

Ellos habían capturado a dos seres que, según su primitiva forma de pensar, podían calificar como dioses caídos. Una enorme bestia y una bella mujer, de cabeza cubierta por un casco y que estaba alada, lo cual para ellos debía resultar fantástico.

No se podía olvidar que los ralanois, a distancia, podían haber visto a los terrícolas laborar en su colonia; habían tenido que ver llegar y marchar sus cosmonaves del astropuerto, también debían

haber visto cómo el rayo de fuego partía de la cúspide del monte Gian, una cúspide que a ellos, por falta de preparación y medios, les estaba vedado pisar.

La habían visto iluminarse y crecer el río después.

Todo resultaba fantástico, apocalíptico para ellos, y habiendo capturado herido al gigante unicornio y luego a la bella terrícola alada, debían creer que cuanto sucedía se debía a un problema surgido entre los dioses; que enfrentados ambos, venciese el que más poderes tuviera. Así, la guerra entre los dioses habría terminado.

Pocas oportunidades Se daban a Nil Esplai, que seguía atada a los mástiles, con las manos casi colgando de ellos.

No podía utilizar su arma para defenderse.

El gigante actuaba también con torpeza, pero bastaría un zarpazo suyo para que el cuerpo de la bella terrícola quedara abierto, partido, despedazado.

Cada vez veía al monstruo más y más cerca, manoteando con sus zarpas en todas direcciones.

En sendas ocasiones, alcanzó por el cuello a dos ralanois que gritaron de dolor y horror, elevados en el aire. Uno de ellos, lanzado lejos, quedó partido en dos.

Al otro, la gigantesca fiera lo había elevado hasta sus mandíbulas, machacándole la cabeza entre sus molares y tragándose parte del mismo.

Unos lanzazos le hicieron rugir de nuevo y perder a su víctima destrozada, pero los ralanois no daban ninguna importancia a la muerte de dos de sus guerreros.

Nil no podía comprender en aquel momento lo que pretendían los ralanois; lo único que sabía era que los brazos le dolían, que sus axilas parecían ir a desgajarse de un instante a otro y que las zarpas de aquel horrible monstruo que tenía el rostro quemado se acercaban a ella cada vez más.

La bestia de unicornio topó contra la plataforma de troncos sobre la que Nil se hallaba atada. Aquella plataforma le legaba al monstruo a la altura de la cintura. Fue un obstáculo para él y se inclinó hacia adelante. El cuerno rozó el cuerpo de la bella terrícola,

que gritó.

Azuzaron al unicornio para que hiciera algo más efectivo que manotear en torno a la diosa alada.

Las zarpas pasaron a ras del cuerpo de Nil que movió sus piernas de forma para no ser alcanzada

Los ralanois rugían viendo que llegaba el momento cumbre de la lucha entre los dioses, una lucha estúpida y desigual pese a la ceguera del horrible monstruo.

Nil no tenía ninguna posibilidad de defenderse tal como estaba, con las manos bien atadas.

El monstruo ni siquiera sabía que la tenía a ella delante; golpeaba la plataforma de troncos y clavaba sus garras en ella, haciendo saltar gruesas astillas.

— ¡Seny! ¡Seny! ¡Seny!

— ¡Nil, aguanta! —respondió Seny Joliu, que había llegado volando hasta el poblado.

Los ralanois, excitados como estaban, azuzando al monstruo contra lo que creían diosa alada, no se percataron de la presencia de Seny Joliu hasta que éste, desde el aire, empuñó su fusil y disparó contra la espalda del unicornio que, al sentirse herido, se revolvió con diabólica fuerza.

Sus zarpas volvieron a cazar a miembros de la tribu que fueron lanzados por el aire con las garras clavadas en sus cuerpos hasta las mismísimas entrañas.

Salieron despedidos, como carentes de peso, contra las chozas. Las antorchas que llevaban prendieron en ellas y se originaron varios focos de incendio.

Seny Joliu podía haber matado al monstruo, pero prefirió dejarlo vivo y malherido, rugiendo ferozmente, atacando a los ralanois y creando una gran confusión en el poblado.

Muchos ralanois huyeron a la desbandada mientras algunos lanzaban sus armas tratando de alcanzar a Seny Joliu, pero éste disparó su láser en varias direcciones, provocando una estampida general mientras las chozas ardían por doquier y el monstruo ciego y

como enloquecido avanzaba destruyendo chozas a su paso, aplastando cuerpos y desgarrando a otros.

Aquella noche la recordarían siempre los ralanois; era la noche de terror, del fuego y la sangre La furia de la guerra de los dioses provocada por ellos mismos les había salpicado trágicamente, de tal forma que habrían de llorar aquella noche durante mucho tiempo.

Con el láser cortó las ligaduras que sujetaban a Nil mientras le preguntaba:

— ¿Puedes volar?

—Sí, creo que sí, si salto.

—Pues, adelante, salta desde esa especie de patíbulo. Vamos, yo te seguiré.

FJ motor de las alas artificiales que Nil Esplai portaba a sus espaldas funcionó bien y la altura fue suficiente para remontar el vuelo.

Seny Joliu saltó también desde la plataforma y voló detrás de Nil. Ninguno de los dos disparó el arma que portaban contra los primitivos ralanois.

Su comportamiento había estado basado en un terror supersticioso y religioso a unos hechos que no comprendían. Pagaban muy caro lo que sus miedos y sus sacerdotes o brujos les habían impulsado a hacer.

El campamento ardía ya por los cuatro costados, no había ninguna labor de extinción de incendios.

El monstruo del unicornio arremetió contra el templo derribando varios troncos de soporte. Vaciló y cayó en parte, propagándose el incendio al mismo.

El monstruo, asestando golpes mortales en torno a él, se enredó entre los troncos de aquella construcción.

Las cuerdas que lo sujetaban por el cuello, la cintura y las enormes rocas que arrastraba con sus pies le impidieron moverse y comenzó a quemarse en el templo mientras agonizaba.

Cuando se alejaban volando, todo el poblado ardía,

Los ralanois huían en todas direcciones, tratando de saltar por la empalizada para escapar como fieras enjauladas y acosadas por el fuego.

— ¿Me puedes seguir, Nil?

—Sí, sí, te sigo.

Notó algo raro en la voz de la mujer y sin dejar de volar en dirección al mar, preguntó:

— ¿Estás herida?

—No, no estoy herida, pero me duele mucho la pierna.

Volar obligaba a tensar las piernas hacia atrás para facilitar el vuelo. Seny Joliu dedujo que Nil no podría mantener aquella posición durante mucho tiempo si le dolía la pierna, por lo que era necesario descansar.

—El mar no queda lejos.

— Aguanta un poco más, pronto terminarán los árboles y descansaremos.

Nil perdía altura a causa de su posición, pero debido a la envergadura de las alas y al batir de las mismas, Seny Joliu no podía ayudarla.

—Ya llegamos.

La playa estaba cerca y descendieron sobre ella.

Nil se tendió boca abajo, exhausta. Seny se despojó de sus alas y fue hacia la mujer Le quitó las alas y la puso boca arriba; le quitó el cascó y le preguntó:

— ¿Respiras mejor ahora?

—Estoy agotada, Seny, agotada. Creí que iba a morir despedazada.

— ¿Cómo caíste en sus manos?

—Iba perdida por la selva después de haber tropezado con un árbol por volar demasiado bajo. Había perdido el indicador de ruta cuando me cayó una red encima. No tuve ni tiempo de emplear el fusil

láser, la red me constriñó hasta impedirme toda clase de movimientos.

—La pesadilla ha terminado, Nil.

Seny Joliu sabía que no era así, la pesadilla no había terminado y sólo la muerte les aguardaba en su lucha contra los prowitas que estaban muy lejos de ser entes primitivos. Ellos poseían naves muy sofisticadas, de altas velocidades.

—Seny, ¿cuánto nos queda de vida?

—No miremos el tiempo, vivámoslo con intensidad.

La besó en los labios. Notó que ella se estremecía, que participaba como en la anterior ocasión.

—Quiero vivir contigo, Seny, quiero vivir.

—Vivamos, Nil.

Las dos lunas que semejaban flotar en el ciclo del planeta Brion les contemplaron como dos ojos gigantescos, dos ojos desiguales en tamaño y color, pero de igual belleza.

Las olas del mar de Brion rumoreaban suaves, no había viento.

La muerte y la vida se entremezclaban en aquella selva que tenían a sus espaldas.

La arena suave apenas crujía bajo sus cuerpos jóvenes y mortales y no de dioses como los ralanois habían llegado a suponer.

CAPITULO XII

El gobernador Hollsee no podía escapar, tampoco lo hubiera intentado. ¿Adónde ir? ¿Y dejar a los demás cautivos solos en manos de los prowitas?

No, él no podía hacer semejante cosa y había optado por una postura resignada y estoica.

Sólo confiaba en que el comando que quedaba, no sabía cuál de los dos, hiciera aún más daño a los seres de Prow.

Se había enterado del duro golpe sufrido por la gigantesca cosmonave invasora. Tenía que confesarse a sí mismo que de unos comandos tan reducidos no podía esperar tanto, pero habían logrado exasperar al enemigo, especialmente a su emperador Wrang.

Con la cabeza ya totalmente rapada, le tendieron sobre la plataforma metálica y comenzaron a sujetar las abrazaderas a su cuerpo para que éste permaneciera completamente inmóvil.

El gobernador Hollsee miraba a un lado y otro sin preguntar nada. Estaba seguro de que los servidores de aquella especie de laboratorio bioelectrónico no iban a entender su lengua ni él comprendería la de ellos.

Un prowita que llevaba como unos soles en su pecho, lo que debía indicar una alta jerarquía, se le acercó.

Le palpó las sienes, por detrás de las orejas y el cuello; después, le aplicó unos artilugios.

El gobernador Hollsee esperaba una tortura cruel y por contra, notó la vibración que le dejó más relajado. Con la mirada agradeció aquel tratamiento que casi era una anestesia y no quiso preguntarse qué vendría más tarde, pues para tranquilizarle, para relajarle, no era preciso que le pusieran tantas abrazaderas.

No pasaron muchos minutos antes de que apareciera en aquella especie de laboratorio el emperador Wrang, con su extraña e impresionante capa. Junto a él, un paso más atrás, el general Xamp.

Resultaba más que difícil para un terrícola adivinar el humor que traían consigo.

El emperador Wrang se encaró con el gobernador Hollsee.

—Esta es una situación lamentable para todos, gobernador de terrícolas.

—Lamentable para mí —puntualizó el gobernador Hollsee.

—Para ti no será lamentable si colaboras. No quiero más crueldad con mis cautivos, pero parece que los terrícolas sois algo testarudos. ¿Testarudos es como se dice? —preguntó con su hablar silbante, como una serpiente atacando.

—Yo diría que los tercos son ustedes.

—No te resistas más, gobernador.

—No me había dado cuenta de que estuviera resistiendo.

—Pondremos las cosas en claro, gobernador. Antes que tú ha sido colocado otro humano terrícola en este mismo lugar, más concretamente una mujer.

— ¿Quién?

— ¿Qué más da? Una mujer, y por no colaborar murió en esta misma mesa de control.

— ¡Asesinos!

—No sirven de nada los insultos, gobernador. En la guerra todo vale. Yo tengo mi máquina para ver las imágenes de tu mente y la voy a emplear, es una máquina sofisticada y cruel al mismo tiempo. Ya te he dicho que la mujer terrícola que estuvo aquí murió y tú puedes seguir la misma suerte.

—Máteme de una vez.

—Gobernador, me mentiste.

— ¿Yo?

—Dijiste que había setenta y tres comandos por el planeta.

— ¿Y no es cierto?

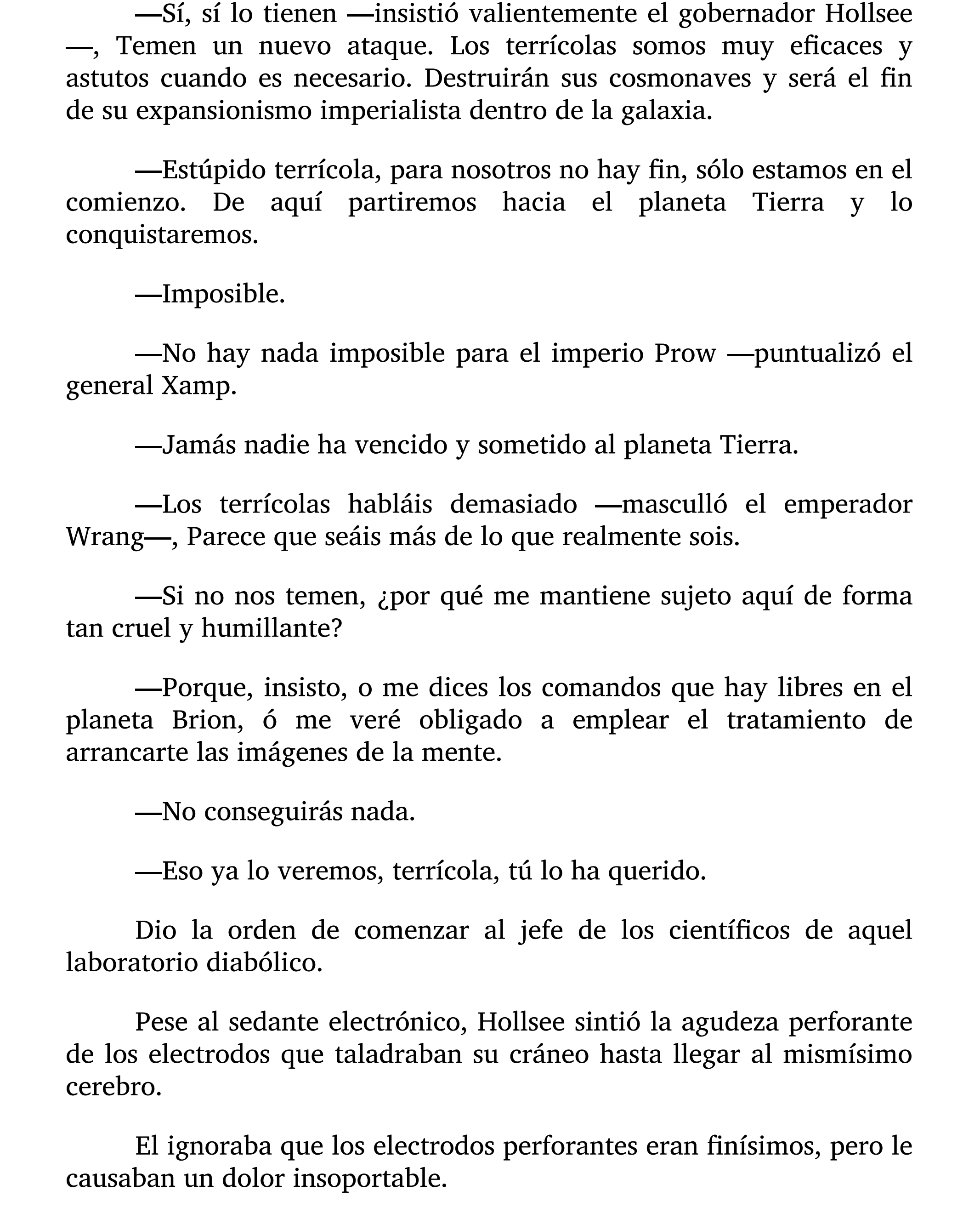
—No, no lo es. Creemos que son muchos menos. Mis hombres los están buscando y terminarán por eliminarlos, pero no deseo

malgastar energías.

—Lo que sucede es que tiene miedo.

El general Xamp le corrigió.

—Los seres de Prow no tenemos miedo.



—Sí, sí lo tienen —insistió valientemente el gobernador Hollsee —, Temen un nuevo ataque. Los terrícolas somos muy eficaces y astutos cuando es necesario. Destruirán sus cosmonaves y será el fin de su expansionismo imperialista dentro de la galaxia.

—Estúpido terrícola, para nosotros no hay fin, sólo estamos en el comienzo. De aquí partiremos hacia el planeta Tierra y lo conquistaremos.

—Imposible.

—No hay nada imposible para el imperio Prow —puntualizó el general Xamp.

—Jamás nadie ha vencido y sometido al planeta Tierra.

—Los terrícolas habláis demasiado —masculló el emperador Wrang—, Parece que seáis más de lo que realmente sois.

—Si no nos temen, ¿por qué me mantiene sujeto aquí de forma tan cruel y humillante?

—Porque, insisto, o me dices los comandos que hay libres en el planeta Brion, ó me veré obligado a emplear el tratamiento de arrancarte las imágenes de la mente.

—No conseguirás nada.

—Eso ya lo veremos, terrícola, tú lo ha querido.

Dio la orden de comenzar al jefe de los científicos de aquel laboratorio diabólico.

Pese al sedante electrónico, Hollsee sintió la agudeza perforante de los electrodos que taladraban su cráneo hasta llegar al mismísimo cerebro.

El ignoraba que los electrodos perforantes eran finísimos, pero le causaban un dolor insoportable.

Le fueron introduciendo un electrodo tras otro, un proceso de refinada tortura que el gobernador Hollsee soportó sin gritar, sin pedir clemencia. Al fin, los pinchazos cesaron.

—Todo está listo, gobernador. ¿Quieres responder?

—Máteme de una vez.

—Eso es lo que desea, ¿eh? —rezongó el general Xamp—. Pues no le vamos a complacer, los secretos de su mente serán nuestros dentro de poco.

—Me opondré a ello.

—No lo conseguirá —le replicó el general Xamp.

—Está bien, adelante —ordenó el emperador.

Se encendió la pantalla gigante que había en aquella sala de torturas bioelectrónicas.

— ¿Cuántos comandos terrícolas hay en el planeta Brion?

La pregunta penetró en el cerebro del gobernador Hollsee. Este comprendió que si a su mente acudía automáticamente la verdad, ésta sería conocida de inmediato por sus enemigos.

Comenzó a mentirse a sí mismo, creando una autoconfesión mental.

En la pantalla fueron apareciendo distintos números, el siete, el tres, el uno, el dos…

El emperador y el general miraron interrogantes al responsable del experimento, que no acababa de comprender lo que veía. Este, antes de que le preguntaran, dijo algo en lengua prowita y después, el emperador le dijo al gobernador:

—Nos damos cuenta de que estás ofreciendo mucha resistencia, pero no nos confundirás. Forzando tu cerebro como lo haces, terminarás destruyéndolo. Lo estás sometiendo a una tensión que no resistirás demasiado tiempo.

—Esta máquina no es tan eficaz como pensabais con los cerebros humano terrícolas.

Iba a reírse de sus enemigos, pero unas vibraciones que le

llegaron a través del cráneo, hundiéndose en su cerebro, le obligaron a contraer tanto el rostro de dolor que éste apareció totalmente desfigurado.

— ¿Quiénes son los jefes de los comandos?

En la pantalla, desdibujados, aparecieron dos rostros humano-terrícolas. Después, la imagen se perdió.

El jefe científico de los invasores movió diales y oprimió teclados, mientras las agujas saltaban. Se fijaron en el hiperelectroencefalógrafo y, rápidamente, comenzó a hacer saltar teclas hacía su posición inicial.

Las imágenes desaparecieron y el gobernador quedó como dormido.

El emperador preguntó:

— ¿Ha muerto?

El científico miró la señal del hiperelectroencefalógrafo y dijo en su lengua:

—No, vive. Su cerebro está muy débil, pero vive.

—Después de todo, no ha ido mal el interrogatorio. En pantalla hemos visto a dos figuras humanas diferentes, eso quiere decir que los grupos comandos son dos.

—Y a uno ya lo hemos destruido, majestad —le recordó el general Xamp.

—Entonces sólo queda el comando que nos atacó desde lo alto del monte Gian.

—Quizá el comando desapareció con nuestra contrarréplica.

—Podíamos habernos asegurado.

—No había posibilidad, majestad. Había que atacar con fuerza y así lo hicieron nuestros milicianos.

—Cabe la posibilidad de que alguno de los comandos escapara.

—No lo sabremos hasta que aparezcan de nuevo. De lo que sí podemos estar seguros es que no se detectó vehículo de clase alguna

en quinientos kilómetros a la redonda del monte Gian.

— ¿Si hubo vehículo quedó destruido en la cúspide del monte?

—Así es, majestad.

—En tal caso, la preocupación debe ser mínima; no obstante, que nuestras cosmonaves sigan vigilando, hemos de tomar precauciones ahora que la cosmonave imperial no puede despegar de este planeta.

—Si su majestad no se molesta conmigo, diría que quizá hubiera sido mejor no posarse en este planeta, me refiero a la cosmonave imperial. Es muy grande y siempre implica un riesgo teniendo en cuenta que la cosmonave imperial es nuestro mayor poder.

— ¿Quién iba a suponer que podía resultar vulnerable a un estúpido cañón láser?

—Majestad, saldremos adelante. En este planeta estamos a salvo, podemos reparar averías y preparar el asalto tal como su majestad había planeado.

—Sí, hay que construir millares de misiles espaciales cargados con vulcanita superradiactiva tratada adecuadamente. Esos misiles caerán sobre nuestro planeta enemigo como una lluvia de meteoros. Por muchos que consigan destruir antes de que lleguen a su objetivo final, otros muchos lo conseguirán. No podrán resistir nuestro ataque relámpago.

Tras sentenciar la suerte de los terrícolas, abandonó aquella sala de sofisticada tortura donde el gobernador Hollsee había quedado inconsciente.

CAPITULO III

— ¡Ahí llegan! —exclamó Cornelia al verles llegar al escondrijo rocoso donde las olas batían con cierta furia.

Nil Esplai y Seny Joliu llegaron volando con sus alas artificiales. Se posaron junto al vehículo comando.

Cornelia, emocionada, abrazó a su compañera.

— ¡Nil, Nil, ya creíamos que no llegarías!

—De no ser por Seny, jamás lo hubiera conseguido. Ha sido horrible y fantástico lo que he visto.

— ¿Tuviste un accidente? —le preguntó Boix.

—Sí. Tropecé con la copa de un árbol; aún tengo la pierna resentida.

Cornelia inquirió:

— ¿Volabas muy bajo?

—Sí, demasiado, había perdido el indicador de ruta. En fin, ya pasó.

Tras despojarse de las alas artificiales, Seny Joliu dijo:

—Comeremos, descansaremos después y prepararemos el plan de ataque.

— ¿Tienes alguno? —inquirió Boix.

—Sí.

— ¿Puede saberse? —se interesó Boix, aunque el interés estaba por parte de todos.

—Les atacaremos en las mismísimas entrañas.

—No entiendo —dijo Boix.

—Hagamos lo que hagamos, estamos perdidos. Poseen unos medios de los que nosotros carecemos. De momento, parece que la gigantesca cosmonave nodriza está averiada. Entraremos en la base y les atacaremos desde el interior de la colonia.

—Eso es como meternos en la ratonera.

Cornelia opinó:

—Pues yo creo que es una buena idea.

—Conocemos la colonia mejor que ellos. Sabemos dónde se guardan los fusiles que podríamos repartir entre los prisioneros si es que los hay.

—Como decían nuestros ancestros primitivos, eso será quemar el último cartucho —observó Boix.

—Así es. ¿Qué podemos hacer desde fuera? —preguntó Seny Joliu.

—La verdad es que nada, después de haber perdido el cañón láser —dijo Cornelia.

—Nuestro plan es atacar dentro hasta donde podamos. Si logramos llegar a lo más alto de las instalaciones podremos volver a disparar contra la gigantesca cosmonave.

— ¿Con qué? —inquirió Boix.

—En la colonia hay un almacén de misiles microatómicos.

—Necesitan una lanzadora. ¿Dónde colocarla?

—Haremos lo que podamos, los lanzaremos aunque sea con las manos.

—Es una locura —advirtió Boix—, En cuanto estalle el primer, nosotros dejaremos de existir.

—Es posible; no obstante, lo intentaremos

—De acuerdo, lucharemos a la desesperada, ya que no nos queda otra solución.

Mientras descansaban, uno de los miembros del comando que se había quedado allí con anterioridad, vigilaba. Se alertó al detectar

pasos por el amplificador sonoro.

— ¡Arriba, arriba! ¡Alguien se acerca!

Corrió la voz dentro del vehículo y todos despertaron, alertados.

Tomaron sus armas y ocuparon lugares estratégicos ante lo que parecía la cercana presencia de los prowitas.

— ¿Qué es en realidad? —preguntó Seny Joliu.

—Pasos —le contestaron—. Están a menos de cincuenta metros.

—Eso es muy cerca. ¿No se detecta ninguna nave?

—No.

Boix dijo:

—Es posible que estén rastreando la zona.

— ¿Qué hacemos, Seny?

A la pregunta de Nil Esplai, respondió:

—Disparad si aparecen.

—Si disparamos, seremos detectados —gruñó Boix—, Podríamos marcharnos ahora mismo al fondo del mar.

—No hay tiempo.

Aguardaron en tensión, con las armas dispuestas, hasta que por entre las rocas aparecieron los seres que daban pasos hacia ellos.

— ¡Quietos!

— ¡Seny!

— ¡Preston, Dora!

Era la pareja desertora que avanzaba hacia ellos con las armas también preparadas.

Quedaron todos frente a frente, mirándose.

—Atención, se acerca una escuadrilla de cosmonaves —advirtió el que llevaba el control de sensores dentro del vehículo comando.

—Vamos, a las rocas —apremió Seny Joliu a los recién llegados, quienes se ocultaron con gran rapidez.

La escuadrilla de naves de Prow pasó en vuelo rasante, buscando a los terrícolas sin hallarlos.

—Ya están fuera de alcance —dijo Seny, al paso de un minuto.

Se reunieron en las grutas y la pareja desertora fue objeto de las miradas inquisitivas de los demás. Preston se quitó el casco y, pálido, reconoció:

—Estuvo mal lo que hicimos.

—Fue deserción en estado de guerra —acusó Boix, implacable.

—Es cierto. Dora y yo nos amamos. Pensamos en una nueva vida.

—Creo que si han regresado es que están arrepentidos —intercedió Cornelia.

Seny preguntó:

— ¿Por qué habéis venido aquí?

—A distancia vimos el holocausto del monte Gian, no sabíamos qué había sido de vosotros y pensamos que si habíais luchado hasta la muerte también debíamos hacerlo nosotros. Hemos venido a seguir luchando.

—Están arrepentidos de haber desertado —dijo Nil.

—Ahora nos disponemos para la lucha final y es posible que dentro de unas horas ya no quede vivo ninguno de nosotros.

—Hemos venido a luchar, no desertaremos. No somos la única pareja de terrícolas que queda para supervivir la especie; en el planeta Tierra hay millones como nosotros —dijo Dora.

—Bien, entonces, todo olvidado.

— ¿Así de simple? —rezongó Boix.

— ¿Qué castigo piensas tú que deben sufrir los desertores? —le preguntó Seny.

—En circunstancias como ésta, la muerte.

Todos quedaron impresionados ante la dureza manifestada por Boix.

Dora y Preston se cogieron de la mano dejando sus armas en el suelo. Sin titubeos y al mismo tiempo como si lo hubieran ensayado con anterioridad, dijeron:

—Estamos dispuestos para ser ejecutados, no nos rebelamos ante la sentencia.

—La muerte, ¿eh? ¿Y qué crees que van a encontrar luchando dentro de la colonia contra las fuerzas invasoras?

—La muerte —dijo Nil.

—Morir luchando es más honroso que morir así, fríamente, a manos de unos compañeros. —Seny se volvió hacia la pareja—. Recoged vuestras armas, nos ponemos en marcha.

CAPITULO XIV

El vehículo del comando se había introducido por la larguísima gruta submarina, en parte natural y en parte excavada por las máquinas de los terrícolas para que por ella pudieran pasar vehículos apropiados, vehículos que debían ser sub marinos, herméticos y con gran resistencia al calor.

Pasaron por el interior de las aguas con más de cien grados de temperatura, ya que al no tener salida, en algunos puntos quedaban recalentadas por el magma que no debía estar lejos.

Seny Joliu era quien pilotaba el vehículo que avanzaba por las grutas, proyectando su foco de luz hacia adelante, luz que se expandía en su entorno cuando el agua la reflectaba.

El viaje era largo, ya que debido a las circunstancias, la velocidad era lenta.

Al fin, llegaron a la laguna que se hallaba en la subplanta de la colonia terrícola. Seny Joliu había cerrado las luces, la temperatura exterior era alta, el agua estaba muy caliente.

—Vamos a salir —advirtió.

—Es el momento de la lucha —musitó Nil, prefiriendo olvidarse del dolor de la pierna.

—Hay que colocarse los trajes para la lucha —advirtió Seny.

— ¿Y la forma de separarnos para atacar? —preguntó Boix.

—Tú mandarás un grupo y yo el otro, ¿Te parece bien, Nil?

—Sí.

—Vosotros, Dora y Preston, vendréis conmigo. Cornelia, tú también. Y los demás, con Boix.

—Nosotros iremos en busca de los misiles microatómicos —propuso Boix, mirando el plano que acababa de aparecer en una de las pantallas de televisión que tenían dentro del vehículo.

—Bien, subiréis por el montacargas, colocad los misiles encima de una plataforma automática y por control remoto dirigidla por el almacén hacia la cosmonave de Prow.

— ¿No dispararemos los misiles? —preguntó Boix

—Es mejor que los hagáis estallar a distancia, cuando estén cerca de la cosmonave. Podéis colocarlos de cara a la cosmonave y cuando falten pocos metros, accionad por con trol remoto el mecanismo de disparo. Así no hará falta lanzadera, irán directos a la cosmonave y todos juntos abrirán un buen boquete en esa enorme cosmonave.

—Lo intentaremos, pero cuando estallen, será mejor que todos estemos en el subsuelo. Harán daño y la onda expansiva, añadida a la onda térmica, serán de cuidado.

—Evidente, Boix, evidente. Nosotros iremos subiendo basta lo alto del edificio para darles guerra y distraerles. No sabemos cuántos hay arriba y si podremos conseguir nuestro plan, pero lo intentaremos al precio que sea.

—De acuerdo —aceptó Boix—. Que haya suerte y que al salir del agua no nos estén esperando. Si es así, podemos considerarnos perdidos, nuestra misión habrá sido un fracaso.

—Yo no lo considero así —puntualizó Seny Joliu—. Ya Íes hemos golpeado duro con el cañón láser. No se podía pedir más, no hemos de olvidar que ellos desintegraron a nuestra flotilla espacial miliciana de custodia.

—Dejémonos de discusiones, precisamente ahora que estamos a punto de morir —cortó Nil.

Todos estaban listos.

El vehículo comando ascendió hasta salir a la superficie

Seny Joliu tenía los mandos bien sujetos para efectuar una inmersión rápida en el pequeño lago de agua caliente por si los prowitas aparecían de improviso en el subsuelo, pero allí no había nadie.

—El camino está libre —dijo Seny Joliu haciendo avanzar el vehículo hasta posarlo en el suelo. Atrás quedaba el pequeño lago que despedía vapor de agua, convirtiendo el sótano en una verdadera sauna

Saltaron del vehículo con las armas listas y se separaron en dos grupos tal como había sido previsto. Seny Joliu y Boix se miraron.

— ¡Suerte! —dijo Seny.

—Para todos —respondió Boix.

Se dirigieron a los elevadores. Los que iban con Boix se introdujeron en el montacargas.

Seny, Nil, Cornelia, Dora y Presión les vieron alejarse, vestidos

para la lucha, con sus cabezas protegidas y las armas a punto de disparo.

Todos supusieron que ya no volverían a verse, la lucha iba a ser totalmente desigual.

—Vamos —pidió Seny Joliu.

Se introdujeron en el elevador apretadamente y comenzaron a subir, todo funcionaba perfectamente.

—Vosotros, abajo —ordenó a Dora y a Preston.

La pareja saltó. Sabían que debían subir por las escaleras, de este modo controlarían los corredores. Los demás siguieron subiendo.

El propio Seny Joliu se sorprendió al no encontrar resistencia, todo estaba saliendo muy bien hasta que...

— ¡Abajo!

Se acuclillaron al descubrir en un corredor a una patrulla prowita. Parecían haber escapado cuando uno de ellos les vio y alertó a los demás.

Seny Joliu comprendió que la batalla había empezado y fue el primero en disparar.

El primer prowita se inflamó. Los demás trataron de replicar, pero Cornelia disparó, alcanzando a otro, y ya el elevador desaparecía de su vista.

— ¡Afuera! —exigió Seny Joliu proveyendo que los invasores destruirían el elevador desde el piso donde estaban y así fue.

El elevador, alcanzado por los disparos, se inflamó pero ya los tres terrícolas habían saltado fuera de él, alejándose por el corredor hasta encontrar la escalera.

Apenas había transcurrido un minuto cuando comenzó a sonar una ensordecedora sirena que ponía en estado de alerta a todos los soldados invasores.

La lucha se había iniciado, feroz.

Seny Joliu se encontró frente a frente con otra patrulla de vigilancia, comenzó a disparar y Nil y Cornelia le imitaron.

Los prowitas dispararon sus armas, pero sorprendidos por la presencia y rapidez de los terrícolas, fueron abatidos.

Había cundido la alarma general; sin embargo. Dora y Preston se enfrentaban a una patrulla prowita que llevaba en custodia a un grupo de cautivos.

Se enzarzaron en una lucha feroz y los disparos provocaron varios focos de incendio.

Los cautivos se habían tirado al suelo y los prowitas los asesinaron por la espalda.

Dora y Preston disparaban denodadamente, pero otra patrulla que llegó corriendo por su espalda les cazó entre dos fuegos.

Los dos terrícolas resultaron alcanzados, no sin antes abatir a un buen puñado de invasores.

Las manos de los desertores arrepentidos temblaron en el aire y terminaron cogiéndose antes de caer ardiendo y convertirse en cenizas. Sus siluetas quedaron en el suelo sombreadas, cogidas de la mano, Habían muerto juntos cuando habían deseado vivir juntos,

En el almacén, Boix y los que iban con él consiguieron exterminar a una patrulla de vigilancia prowita.

Boix se mostró muy activo buscando los misiles microatómicos de pequeño tamaño.

— ¡Allí, moved aquella plataforma y coged el controlador remoto! ¡Vamos, aprisa!

Cargaron todos los misiles que pudieron sobre la plataforma, colocando las puntas de misiles en la misma dirección de avance de la propia plataforma.

— ¡Un momento! cargaremos otra, será una segunda probabilidad —dijo Boix, poniéndose manos a la obra.

Boix se fijó en las telecámaras que controlaban el almacén y las destruyó con sus disparos.

El trabajo se hacía rápido y las plataformas automáticas se elevaban del suelo por su sistema de electroantigravitación, desplazándose hacia el montacargas.

Tenían que alcanzar el nivel del suelo, avanzar por el corredor y llegar hasta la puerta que daba acceso al gran astropuerto.

Seny Joliu, Nil y Cornelia consiguieron llegar frente al despacho del gobernador, desde el cual se dominaba una vasta extensión.

Encontraron dos prowitas montando guardia. Seny Joliu, pese a que ellos estaban prestos a disparar porque la alarma seguía rugiendo, disparó

Saltó luego hacia la puerta y dentro del despacho encontraron al gobernador Hollsee en pie, pero casi incapaz de sostenerse. En la butaca que él debía ocupar estaba el general Xamp, que apuntaba con su arma al gobernador y que con mucha frialdad dijo:

—Si no tiráis las armas, lo elimino.

Sony Joliu miró al militar de Prow. Ignoraba quién era en realidad, desconocía su graduación, pero supuso que era alguien importante. No le gustó su forma de hablar y su aspecto físico le repugnó, pero la suerte estaba en sus manos, él podía decidir.

Más, quien decidió no fue él, sino el mismísimo gobernador Hollsee, quien al darse cuenta de la situación, gritó:

— ¡Suerte, muchachos!

Nada más pronunciar aquellas palabras, se lanzó sobre el general Xamp y éste se vio obligado a disparar su arma.

El gobernador Hollsee se inflamó, convirtiéndose en una antorcha humana. Se había autosacrificado para que el comando no quedara en manos del enemigo invasor.

Sony Joliu no dudó entonces en disparar contra el general Xamp, exterminándolo.

Nil quedó impresionada ante aquellas muertes. El olor a carne quemada era horrible, nauseabundo.

Seny Joliu movió las teclas y diales de la mesa control del gobernador, abriendo la megafonía general de toda la colonia.

—Habla el capitán Seny Joliu. Todos los cautivos terrícolas son libres. Huyan del astropuerto, dentro de poco los Prow serán destruidos, hemos vencido. Repito, soy el capitán Seny Joliu,

abandonen el astropuerto tos que puedan, los Prow serán destruidos. Está llegando la división espacial terrícola Zeta, compuesta por cinco mil cosmonaves milicianas, repito, está llegando la división Zeta compuesta por cinco mil cosmonaves milicianas que barrerán a todos los seres de Prow. ¡Ha llegado la hora de la libertad! —siguió gritando Seny Joliu, mintiendo para provocar el pánico entre los prowitas.

Vieron cómo la gigantesca cosmonave intentaba elevarse. Sin duda alguna, el emperador Wrang había oído la noticia y trataba de escapar, pero ya Boix y los que iban con él habían logrado sacar al exterior las dos plataformas transportadoras automáticas de misiles microatómicos controlados a distancia.

Las plataformas avanzaron por el espacio libre exterior.

Boix pulsó el botón de disparo justo cuando tras él aparecía una patrulla prowita y disparaba contra él.

Se inflamó, cayendo al suelo, pero ya nadie podía detener los misiles microatómicos que en número de casi cien salieron furiosos hacia su objetivo que era la cercana y gigantesca cosmonave insignia.

Esta, alcanzada de lleno, tembló.

Comenzó a sufrir violentas sacudidas mientras vomitaba fuego por su docena de escotillas.

El cielo del planeta Brion se tiño de rojo y Seny Joliu dijo a Nil y Cornelia:

—Será mejor que salgamos de aquí. Si esa cosmonave estalla, esto se va a fundir con nosotros dentro.

Corrieron al elevador y descendieron a una planta segura.

Tal como había previsto, la cosmonave de los invasores estalló, arrasando cuanto había en derredor suyo en docenas de kilómetros a la redonda, mientras las pequeñas cosmonaves de combate huían ante lo que creyeron un masivo ataque terrícola.

Perdido su emperador y comandante general, se dispersa ron alejándose por el espacio en una desesperada huma

Seny Joliu no se había equivocado del todo.

Horas más tarde llegaron cosmonaves milicianas terrícolas, pero

no en cantidad de cinco mil sino tan sólo de cincuenta.

Pero ya sólo tuvieron que hacer una pequeña labor de limpieza contra los prowitas que habían quedado sobre el planeta Brion perdidos y dispersos. La invasión había fracasado.

—Seny, a partir de ahora, ¿qué?

—La vida sigue, Nil Continuaremos explotando la mina de vulcanita, se dejará en paz a los ralanois y viviremos más alerta ante el peligro de algún otro poder expansionista de la galaxia. Tú y yo hemos de vivir nuestra propia felicidad. No confiaba en sobrevivir a esta situación, pero ya que lo hemos conseguido, vivamos como pareja, si a ti te apetece.

—Claro que si, Seny, claro que sí y más ahora que nos han concedido un largo permiso para pasarlo en nuestra madre la Tierra.

La estrechó fuerte contra sí, la miró a los ojos y ambos sonrieron.

Estaban solos, nadie les molestaba. Todo comenzaba con un beso y luego, luego… la vida adquiría su máximo esplendor.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

Impreso en España